

JOSÉ JESÚS GARCÍA.

QUITOLIS.

NOVELA



ALMERÍA

TIP. DE FERNANDO S. ESTRELLA

26, PRINCIPE 26

MCM

QUITOLIS.

JOSÉ JESÚS GARCÍA.

QUITOLIS.

NOVELA



ALMERIA

TIP. DE FERNANDO S. ESTRELLA

26, PRINCIPE 26

MCM

R. 226

HEMEROTECA PROVINCIAL

SOFIA MORENO GARRIDO

ALMERIA

DEDICATORIA.

A la Señorita

ROSA FIGUERA DE VARGAS

Siempre sería traición á su nativa modestia el sacar á luz su nombre; pero en el caso presente y con un motivo tan fútil como el de este libro es, á más de traición, punible desacato.

Al hacerlo, solo me consuela el pensar que ofrezco á V. una ocasión para que ejercite sus bondades, perdonando á quien no merece perdón siquiera.

José Jesús García.

Es propiedad del autor

I.

PRELUDIO.

I.

PRELUDIO.

«El Mirador» es un paseo poco más ancho que la acera de una calle, preso entre dos filas de palmeras y resguardado del Norte todo él por la gran fachada del Hospital de la Magdalena. Es recto y corto «como el camino del deber»—que decía *Quitolis*.

En uno de sus lados y entre palmera y palmera vense enclavados unos bancos de hierro fundido, de moderna y rústica traza;

al otro lado.... hay que explicar bien lo que al otro se ve, porque es ello raro, caprichoso y bello en extremo.

Figuraos un plano inclinado tan largo como el Mirador mismo y un poco más ancho que él; suponédlo ahora pegado materialmente á la margen izquierda como una gran rampa que descien- de suavemente hasta otro paseo más hondo, más ancho y más lar- go que el primero, por el cual pa- san los carruajes siempre y solo á veces y con paso de tortuga el tren que vá de la Estación al puerto.... y todavía no tendreis exacta idea de lo que aquello era y sigue siendo. Hay que poblar con la imaginación la rampa di- cha de flores, arbustos y verde follaje. Hay que colocar en medio de ella, en línea recta y de trecho en trecho, caprichosos *juegos de agua* que pulverizan el riego so- bre el cespéd; hay que reconocer

en justicia que el paseo de carruajes no pertenece al Mirador, sino al otro, al de «San Telmo», que paralelo á él corre tambien festoneado de palmeras; y hay que ver, por último, allá, al frente, al Sur fijo, la ancha inmensidad del mar azul, siempre quieto, siempre limpio, siempre luminoso y sonriente. Con esto y con soñar que al otro lado de aquellos mansos cristales y entre la lejana bruma del hondo horizonte se descubre el perfil de la costa africana, tendreis cabal idea de lo que es El Mirador. Y así comprendereis cómo aquella pintoresca atalaya parece en verdad un gran balcón atestado de floridas macetas, desde el cual contempla Pinares á sus anchas las salobres ondas del Mediterráneo, y desde el cual atisba en la lejanía el continuo regatear de naves y bajeles por el golfo, cual si las naciones del mar latino lo hubiesen erigido en tri-

bunal de honor para sus náuticos campeones.

¡Qué mucho que, primero el vulgo y luego el Ayuntamiento, bautizaran aquel lugar con el simpático y poético nombre de «El Mirador»!

¿Y quién ó quiénes miran desde allí?—preguntareis.

Pues, en verdad os digo que ya estoy arrepentido de cuantas engañosas metáforas se me escaparon al correr de la pluma, por que honradamente hablando, hay que confesar que desde allí.... ¡nadie ó casi nadie mira!

La aristocrática muchedumbre pinarense escogió ha mucho tiempo para su solaz y recreo el otro paseo, el de San Telmo, bien por más espacioso y próximo á la orilla del mar, bien por que se allana facilmente á recibir, como un cinturón que lo aprisiona, la inmensa rastra de coches que alguna vez que otra en derredor suyo

circula. Ello es así y así hay que consignarlo.

El Mirador es, por tanto—aparte innobles alabanzas—un sitio en cierto modo solitario y trisón, con ser tan risueño el horizonte que ante él se dilata; un lugar de quietud y recogimiento para alguna enlutada familia enojada con el bullicio de allá abajo y ansiosa de áire sano; un mentidero de cesantes desarrapados y escuálidos y un rincón de plácido esparcimiento para los canónigos de la Catedral.

El Cabildo miró en él algo así como una antesala del Coro, y en aquellos bancos de hierro rara es la hora del día y de la tarde en que no se descubre la negra sombra de una sotana.

Allí estaba casi siempre el bondadoso Quitolis mirando al mar como un enamorado; recreándose en la grandeza y hermosura del coloso, y ponderándose á sí mis-

mo, durante largas horas, de un éxtasis profundo y tierno, la augusta magestad de Dios, creador de aquellos cielos y aquel mar que ante sus ojos tenía.

Quitolis no era para todo el mundo Quitolis á secas. Llamábanle así cariñosamente el señor Obispo, el Magistral y alguno que otro vetusto padre del Cabil-do; pero para los demás, Quitolis era una respetable y cándida institución dotada de singular pureza que atendía al lacónico nombre de «Juan». Nadie le antepo- nía el Don galante y urbano con que se inicia el nombre de los mortales de la Tierra, creyen- do que con esto le profanaban. Quitolis andaba en los linderos de la beatitud; casi, casi penetra- ba en las celestes esferas de la santidad y.... no había que seña- larlo con ningún mote mundano. Él era Juan y nada más que Juan, dicho así, con aquella so-

briedad que recuerda las severidades del estilo bíblico.

Quitolis, pues, que debía este apodo á la inquieta chiquillería que un tiempo le acompañó en sus juegos infantiles, era un curita jóven, de buena estatura, de arrogante traza y muy guapo. No era grueso; no era flaco: su cuerpo tenía la feliz proporción de una estatua clásica; su cabeza era la de un Apolo rubio y rapado; cabeza redonda y bien cortada en la que Dios quiso encajar una cara extática de ángel hermafrodita.

En aquel pasmado semblante no acusó jamás el apetito carnal el más ligero rasgo varonil; sin embargo, no era ridículamente femenino. ¿Era un hombre? ¿Era una mujer? ¿Era un Dios disfrazado? Mirándole no se sabía: era, al parecer, un arcángel que en vez de blancas alas llevaba las negras hopalandas de su capa tendidas sobre los hombros y sobre los bra-

zos. Para tener clara idea de aquella hermosa testa, hay que recordar al ángel de Salzillo que los murcianos veneran en el *paso* de la «Oración del Huerto.»

Quitolis era, á más de todo esto, un gran madrugador. Antes que el día viniera y antes que los pájaros cantaran, ya estaba de punta nuestro hombre, preso en su sotana, liado en su capa y camino de El Mirador, cercano á su vivienda.

Hemos dicho antes que el bondadoso cura fué siempre de suyo inocente y candoroso como un niño, y si nó lo hubiéramos dicho, lo hacemos ahora; pero aunque en aquel dulce corazón no se hubiese albergado jamás la mundana pasión de la carne, ni aún la más leve tentación que en tal sentido lo inquietara, es de saber que Quitolis amaba. Sí; tenía un ardiente y voluptuoso amor dentro del pecho: amaba al mar; amaba

al Sol; amaba la luz diurna como un idólatra, como un panteísta sentimental, convencido de que allí estaba la más grandiosa manifestación de lo Eterno. Amaba, y todas las mañanas íbase al Mirador y desde allí contemplaba al dormido mar, limpio y acerado como un espejo, al claror del cercano día; y allí sentado aguardaba ansioso la salida del Sol, siempre tan redondo, siempre tan lento y majestuoso en el ascenso, siempre tan pálido como una hostia morena de trigo candeal.

¡Qué hermoso es!—se decía arrebuñado en su capa, en tanto que el escalofrío de lo sobrenatural punzaba sus carnes. Y sus ojos, de par en par abiertos, recibían absortos como en una especial y ultraceleste comunión, la imagen dorada y luminosa de aquella hostia morena, redonda y etérea que sobre la recta línea del horizonte marino se alzaba

poco á poco....

Apenas el astro rey desembarazábase de las rojas telarañas que nublaban su faz de tirano allá en la lejanía y comenzaba á repartir los haces de sus centellas por Pinares, ya encendiendo las peladas crestas, ya rielando en el anchuroso golfo, ya matizando con la gama completa de los verdes tonos la espaciosa vega, ya blanqueando el apiñado caserío, Quitolis, ébrio de luz y de alegría, volvía la espalda al paisaje, cruzaba las sombrías callejas que á la iglesia de las Huertas conducían, y allí, en una capilla lateral del gran crucero, murmuraba su misa con toda la serena unción de un creyente que ama sin celos ni tormentosas dudas.

II.

EL DÓMINE.

II.

EL DÓMINE.

Aparte sus extáticos arrobamientos desde El Mirador y los quehaceres propios de su ministerio, el resto del día empleábalo en repasar el latín á los más desaplicados chiquillos del Instituto, cosa para la cual había sacado gran maña.

Con el producto de este último trabajo y el de la misa cotidiana que la Sra. Marquesa—su madrina—le costeaba, vivía el buen

Juan tan á su gusto y tan al de su madre, que jamás se vió tentado de seguir otros derroteros.

¡Y á qué meterse en peligrosas aventuras! La contemplación, que en él era una forma especial del estudio, recreaba y conmovía hondamente su espíritu; la enseñanza, ejercitábalo en la práctica de una hermosa virtud. ¡Y aún le pagaban por esto!... El mundo era bueno: la vida toda... un éxtasis delicioso ante la infinita belleza de Dios. Nada más quería; con nada más soñaba.

Pensando en su dicha tuvo de ella noción tan clara y concreta, que alguna vez llegó á preguntarse con cierto sobresalto si aquel vivir extático y apacible en que se encerraba sería mundano y punible egoismo impropio de los hábitos talares que vestía; mas no sabemos de dondē sacó razones y argumentos que acallaran estos escrúpulos; ello era que, á pesar

de esta vaga inquietud, no salía de su paso, y que con las unas y las otras ocupaciones considerábase el dómine más feliz que vieron los siglos.

Por sus innatas bondades y por sus mañas pedagógicas, pues, fué Quitolis muy apreciado de todos en Pinares. La gente de sotana encontraba en él siempre al compañero fiel y cariñoso; al hermano humilde y modesto que no había de oponer obstáculos jamás á las ambiciones ajenas. Los atribulados padres de familia que hasta él llegaban, demandando el espiritual auxilio de sus lecciones para algún revoltoso infante, siempre vieron en el bondadoso maestro un consuelo, un paño de lágrimas.

«Dejad á los niños que vengan á mí»—solía pensar en tanto se le ponderaba la tenaz rebeldía de algún *caso desesperado*.—«No hay nada más natural que eso que V.

me cuenta—insinuaba con su melíflua voz.—Los niños son así, por que así los hizo Dios: más propicios al juego y al retozo que á la quietud y al estudio. La torpeza *es nuestra* cuando pretendemos enmendar la plana á quien tan bien escribe, ó cuando aspiramos á borrar con un castigo imprudente incoercibles instintos naturales. Ya verá usted.... ya verá usted. ¡Los niños son buenos!»

Á decir verdad, aquel curita rubicundo y guapo era, en efecto, que ni pintado para desbravar zagales y una eminencia en lo de enseñar latin sin el empleo del libro, ni del machacón estudio sedentario, ni de cosas que á tales martirios se pareciesen.

Cuando algún rapaz llegaba á las puertas de su clase con la Gramática debajo del brazo y la carita contraída de puro miedo, lo primero que Quitolis hacía era arrebatarle aquellos pueriles espantos

hablándole de mil cosas agradables—de todo menos del odiado latín—y hacerle olvidar que era un niño, en fuerza de tratarle cual si fuera un hombre hecho y derecho. Conquistado el amigo con estas hábiles marrullerías, entraba en turno el maestro, y allí era donde acababan de asentarse las bases de una eterna y profunda simpatía entre el cura y su discípulo.

El librejo aquel tan aborrecido era, en verdad, un grillete que se apresuraba á quitar de las manos del neófito. Mientras fuere su discípulo—ya lo sabía el chico—érale *obligado no abrir el libro ni una sola vez.*

Domesticado con tan agradables sutilezas el cerril escolar y aliviado de aquel horrendo martirio del librejo, el discípulo sonreía gozoso, y el preceptor aprovechaba esta buena disposición del ánimo para pedirle en cambio *un*

señalado favor: un poco de quietud y otro poco de atención durante la clase. «Dejadme á mí—decía—yo estudiaré por vosotros; pero oidme cómo estudio.»

Y como el pillastre de Quitolis se anticipaba á distraer á los muchachos con la narración de algún lance chistoso cuando veía que la infantil manada estaba á dos dedos de quebrantar su promesa; y como á más tenía la habilidad suprema de no preguntar á ninguno el *musa musæ* hasta que por ciertas inequívocas señales se percataba de que el elegido habría de obtener un triunfo ante sus condiscípulos, he aquí por qué aquella singular autoridad docente no llegaba jamás á ejercitar sus fueros y por qué aquellos inquietos rapaces—turbulento desecho del claustro—le querían tanto y aguardaban la hora de la clase como uno de sus más gratos regocijos.

«El padre Juan era muy bueno»—pensaban los chiquillos seducidos en aquel ambiente de sana libertad.

«Hay que engañarlos—se decía él—dejándose engañar por ellos; inspirándoles cariño y confianza; despertando en ellos el sentimiento de la varonil dignidad sin que echen de ver el artificio; cuidando de no herirlos ni avergonzarlos con el fracaso de una derrota. Así aman y aprenden.... que es cuanto hay que hacer en este mundo.»

Y así ocurría para mayor dicha y satisfacción de Quitolis. ¡Cuántas veces sintió el buen Juan, en presencia de los repetidos milagros de su clase, que los ojos se le arrasaban de lágrimas.

Quitolis había sacado estas mañas de mil observaciones que durante su vida escolar hiciera.

Él presumía que aquel sistema, cuyos principales estribos eran el

castigo humillante y el premio envanecedor, conferido con toda pompa y aparato, era malo, detestable, impío y contra naturaleza; pero fiaba poco en el propio juicio y se callaba, si bien allá, en su fuero interno, proclamaba otros modos y maneras de enseñar como más excelentes y apropiados. Su vocación quiso que andando el tiempo pudiera comprobarlos en la práctica, y hay que confesar que se enorgullecía un tanto al ver confirmadas sus antiguas ideas en las clases de latín.

Según su leal saber y entender, era tan perverso el castigo con que el principio de autoridad docente trataba de imponerse á la inquieta turba escolar, como inhumano el aventurar á los niños en una lucha de amor propio por conquistar el primer puesto en la clase.

Recordando aquella férrea dureza de sus antiguos maestros, mi-

raba en ella un abismo sombrío tendido entre el profesor y el alumno, que impedía toda la espiritual y mútua comunión de las ideas; atendiendo á las vagas reminiscencias de aquellas groseras peleas del Seminario, en las cuales el colegial acababa por no saber si luchaba contra la propia incultura ó contra un extraño y odiado enemigo que le arrebató la victoria, sentíase mortificado y entristecido. «Tiempo habrá—se decía pensando en sus menudos alumnos—de que se devoren luego, cuando sean grandes. Es un dolor ofrecer á estas criaturitas una imagen anticipada de lo que en el mundo han de encontrar después.» Y sonreía como un bendito ante la soñada imagen de sus discípulos, evocada un momento por sus propias cavilaciones.

«Á más—proseguía—no acierto á comprender cómo no han visto

que este falaz sistema aborrecido, que pone al hombre frente al hombre en actitud hostil, acaba por desmoralizar á todos. El vencedor, se envanece con su triunfo cual si debiera á su propia liberalidad las naturales excelencias que solo á Dios son debidas; el derrotado, odia y se desespera en su humillación, tomando más en cuenta la victoria *del enemigo* que su triste y desconsolada ignorancia; y hasta el mismísimo maestro merra en la función augusta de su ministerio, creyendo que todo lo que hay que hacer para educar es ofrecer al mundo el espectáculo de las desigualdades humanas, sancionado y refrendado por actos de su aparatosa, decorativa y mal entendida justicia. ¡Cuánta insensatez! No;—seguía con calor—lo que hay que hacer es enseñar al que no sabe; redimir al vencido por la Naturaleza sin echarle en cara su flaca condi-

ción, elevarlo, dignificarlo, tallar en el bloque más rebelde al pulimento la hermosa escultura del hombre interior, y hacerlo de modo que pueda recrearse en su propia belleza sin jactancia. Y decirle luego: «mírate, ese eres tú por obra y gracia del que todo lo puede; estímate en cuanto vales y levanta al cielo tus ojos agradecidos, que allí te esperan toda la Verdad, toda la Justicia y toda la Misericordia para premiarte.» ¿No era acaso una virtud la de enseñar al que no sabe? Pues practicarla era preciso como tal virtud, como un verdadero y supremo sacerdocio, si no se quería caer en horrendo pecado de omisión.

Y en horrendo pecado de omisión caían, á juicio del buen Juan, los que tal hacían en escuelas, seminarios, é institutos, porque con ser escaso el fruto de tal sistema, era mucha la maléfica corrupción

que con él venía, ya que alentaba la soberbia y toleraba la humillación, y daba pábulo al rencor de todos, y alejaba de aquellas almas de los niños el sano y sosegado amor al saber que de su propio esplendor y no de extraños estímulos debe vivir y alentar.

Como se vé, Quitolis en este punto era un espíritu divorciado de las gloriosas tradiciones de su ministerio y de las vaciedades de la fórmula oficial. No sabemos si era por instinto ó por verdadera reflexión por lo que encontraba en todo lo que trascendía á *cosa oficial* un peligro.

La Cátedra, regida y amparada por el Estado, era un estanque en el cual se corrompían casi siempre las energías del maestro; era un *tiránico privilegio* que acababa por matar al sacerdote de la ciencia para engendrar después al hombre de mundo, á la eterna especie vivaz del siglo turbulento.

No se crea por esto que era un egoísta encariñado con la tutela eclesiástica, no. Él rechazaba de igual modo al Estado que á la Iglesia en esto. Lo oficial solamente era lo malo; lo conveniente era hacer las cosas de modo que el maestro se viera obligado á desarrollar sus facultades y á extender la cultura sin otro amparo que su propia obra. Así se armonizaría el medro personal al propio esfuerzo de un modo justo y racional y el *sacerdocio* persistiría sin desnaturalizarse por la fuerza incontrastable de las cosas.

Tan al pié de la letra seguía él los impulsos de su pensamiento en la enseñanza y tal arte se daba en ello, que los niños más rebeldes tornábanse mansos corderos á su lado y consumados latinistas á poco de frecuentar sus clases. Quitolis había venido al mundo para redimirlos del odioso cautiverio del estudio sedentario y pa-

ra educarlos á vueltas de mil juegos y de mil entretenidas anécdotas.

Con estas y con las otras peregrinas novedades, los discípulos amaron al maestro con toda la efusión de sus almas candorosas, y cuando se daba el caso de que en algún paseo tropezaran con la sombra de su sotana, en vez de huir de él, se le incorporaban para saludarle y charlar un rato animados de cierto filial contento que los arrastraba hacia el bondadoso preceptor.

«¿Has visto, Luisillo, qué cosa más rara el verbo de hoy? *Fero, fers, ferre...* Parece un señorón de muy mal genio, ¿verdad? Pero luego, á última hora, se nos arrepiente de su fiereza como un pecador agonizante y se nos viene con aquella gloria del pretérito y el supino: *tulli-latum*. ¡Qué campanada tan bonita! Eh? Pues así es todo el latín: fiero y salva-

je en un principio y luego dulce y armonioso como un toque de gloria.»

Luisillo y sus compañeros reíanse á mandíbula batiente de la genialidad del maestro; y después de despedirse de él con un «Adios, padre Juan, hasta mañana» se alejaban. Y según iban calle arriba comentando y riendo la ocurrencia de Quitolis, corrían y brincaban y se perseguían.... y el *tulli-latum* iba dejando de ser poco á poco campanada de gloria para convertirse en motivo de juego. Y los alumnos caían los unos sobre los otros en sus saltos y brincos....y se lanzaban, ya el pretérito, ya el supino sobre las copas de los sombreros, acompañados de sendos y resonantes capirotaños...

¡Tulli-latum! ¡Tulli-latum!

III.

EL CURA.

III.

EL CURA.

Cuando el Sr. Magistral tenía la fortuna de ver á Quitolis por su casa, gustaba mucho de hablar con él. Queríale por bueno, por candoroso, por desinteresado, y á más por que queriéndole se con-graciaba con la Sra. Marquesa, ilustre y pródiga beata, protectora del buen Juan.

—No me gusta verte así, tan entregado á la morralla estudiantil, tan apartado de los sanos estímu-

los de tu carrera, Quitolis—le decía cariñosamente poniéndole sus blancas y redondas manos sobre los hombros.—La Sra. Marquesa me pregunta á cada paso qué *vamos á hacer de tí* con un interés piadoso que no te mereces. Yo le digo: señora, Quitolis será lo que él quiera á poco que se esfuerce, sin que tengamos que ofender á Dios con ninguna injusticia; pero él no quiere, él no se esfuerza, él no se cuida de sí mismo.... «Ayúdate y te ayudaré»... Mas ese chico no se ayuda....

—Y es verdad, Quitolis; parece empeñado en anularte y en morir así....hecho un colegial.¿Por qué no te das tus malos ratos y acudes á la oposición? El Sr. Obispo te vé con muy buenos ojos.... Milagro será que tú, con esas entendederas que Dios te ha dado, no *nos* salieras luego hecho un Santo Tomás, y.... ya veríamos; ya veríamos. Que uno tambien

vale algo y acaso al primer intento tuyo caerías en el Coro como una bendición.

Quitolis sonreía oyendo tales amonestaciones, y aunque en el fondo del alma las agradecía, se excusaba.

«Para adorar á Dios y verle en todo, no era preciso ser canónigo.»

—Eso ya no me gusta, Quitolis—decíale el Magistral inflándose bajo su sotana al ver que se le ofrecía la ocasión de dar una lección á su buen amigo.—En ese desprendimiento tuyo por las cosas terrenas hay algo de satánica soberbia que merece reprensión, y algo también de acre censura para los que hemos tenido la dicha de elevarnos un tanto sobre la *turba-multa*.... y eso, no me gusta. Te lo repito.

—No es soberbia, padre; libréme Dios de ella. Es que....

—Nada, nada: soberbia pura—le interrumpía el Magistral. —Y

has de saber—proseguía—que conviene que en esto reformes tu juicio. Es verdad que para servir y amar á Dios sobre todas las cosas no es necesario otra que ser hombre. Y si me apuras te diré que ni aún eso es absolutamente necesario; que hasta las fieras y demás animales inferiores le aman y reverencian á su modo y sienten su grandeza, aunque sin comprenderla.—Y dió un resoplido de satisfacción enamorado de su dialéctica.

—Pero hay que ver también—continuaba—cómo fué voluntad suya la gran variedad del mundo todo, y formal y respetable decisión de su Iglesia la Gerarquía. Y reconociendo esto, hay que respetarlo; y respetándolo, hay que someterse á ello como á cosa bien dispuesta; y teniendo condiciones y virtudes para ascender por la gran escala que á Él nos aproxima, un solo peldaño, es soberbia-

y al propio tiempo menosprecio de las propias excelencias con que nos favoreciera al darnos la vida, el abandonarnos en dulce y egoísta pereza.... ¡Otros quisieran tus condiciones y tu valer en *esta casa* para medrar!

Á punto de darse por convenido estuvo Quitolis, cuando notó que á sus labios acudía todo su ser deshecho en palabras y razones, como el caudal de las aguas acude á la entreabierta roca de una fuente.

«No es soberbia ni menosprecio—padre mío—lo que me ata á mi modesta sotana. Acaso pueda verse en ello algo de egoísmo. Pero es más que me siento sin fuerzas para esa lucha; es que mi espíritu no se ha hecho para las batallas, siquiera sean tan apacibles y sosegadas como las de la oposición; es que si yo hubiera de ser algo á costa de la humillación de mi contrario, toda la vida sentiría

un gran remordimiento; es que tengo la fé inquebrantable de que no siempre es más digno el más sabio, y tiemblo de pensar que mi persona pudiera ocupar en el seno de la Iglesia un lugar que otro mereciera.

—Soberbia, soberbia pura, hijo—interrumpía el Magistral agitando su mano en el espacio, cual si quisiera desvanecer con ella la densa argumentación de Quitolis.

—No, padre: es usted injusto conmigo. Yo no soy soberbio. Yo sería capaz de derrotarme á mi mismo en una oposición apenas viese la flaqueza de mi contrario, y ofrecería á Dios esta humillación como una prenda, de escasa valía, pero la única que podía ofrecerle en caso semejante. Es que yo no soy para eso que usted quiere. Quédese ello para el mundo, para el Siglo, para los espíritus batalladores y ansiosos. ¡De-

masiado honor tengo recibido de nuestra Santa Madre con que haya permitido que estreche entre mis manos la sagrada forma!

El Magistral, al conjuro de estas palabras, sintió dentro de su mollera algo así como un vivo centelleo que le barría los ordenados argumentos con que pensaba aplastar al neófito cura, y no sabiendo por donde salir de aquel atolladero, rompió en franca risa y le golpeó cariñosamente ambos hombros diciéndole: «Eres un chiquillo completo, Quitolis, y quieras que no, has de dejarte llevar y conducir. Ya sabes: los mayores en edad, saber y gobierno.... Y se inflaba de humana vanidad, vendiendo protección á nuestro hombre.»

Sin embargo, *nuestro hombre* no se daba á partido. Él era un soldado suelto de la Iglesia, que escogía para luchar por el cielo el lugar más de su gusto, libre de

mundanas codicias. Su misa, su cátedra y su poquito de confesionario *aliquando*; esta era su vida y en ella quería morir. Lo demás era inquietarle el ánimo, despertar en él insanas ambiciones y ponerle en camino de que llegara á ver las miserias y flaquezas que abatían á sus compañeros de sotana.

Ya había notado él los recelos que su persona despertaba en los demás. Párrocos, coadjutores, familiares y beatos de Pinares, estaban al tanto del afecto con que el Magistral le honraba y hasta de la distinción con que el señor Obispo le favorecía y bien sabida era la destreza de tales gentes para propalar historias y propagar rencores.

Por el gran crucero de la Catedral; por las solitarias galerías del Palacio Episcopal; por las altas crujías del Seminario y por todas las Parroquias y Sacristías

todas las Parroquias y Sacristías de Pinares, hubo un tiempo en que no corrió otro rumor que el de la buena suerte de Quitolis y el de su inmediata ascensión á la canongía, por obra y gracia é intriga del Sr. Magistral.

Algo de esto y aún de lo que la maledicencia agregaba, hubo de llegar un día á oídos del buen Juan; y entonces fué cuando por vez primera notó en su alma un brusco movimiento de varonil decisión muy parecido á la humana ira, y entonces también cuando contestó con las sabidas excusas y razones á su oficioso protector.

Para él no eran verdaderos incentivos ni la gloria, ni el bienestar que á la canongía venían aparejados: el mar, el Sol, aquel risueño enjambre de los latinistas, la bondadosa Marquesa y su santa madre eran los únicos resortes de su vida. Dejáranlo á él tranquilo y medraran todos.

Convenciéronse al fin clérigos y seglares de que Quitolis era, en verdad,... tal como Dios lo había hecho; y los unos despechados, los otros contentos, todos acabaron por dejarlo entregado á sus raras costumbres y á sus habituales contemplaciones desde El Mirador.

IV.
EL INTERIOR DE UNA SOTANA

IV.

EL INTERIOR DE UNA SOTANA.

Y el caso fué que, á medida que las gentes de Pinares se penetraban de la sinceridad de Juan, su fama de hombre prudente y sabio iba creciendo y consolidándose en el juicio público, y su respetabilidad entre las sotanas subía de punto. El que pudo ser canónigo apenas abriera la boca y renunció á la honra y al provecho con humildad de verdadero Nazareno, debía de ser un hom-

bre superior; tanto más si se tenía en cuenta que le sobraban virtudes y saber para haber sido objeto de las mayores mercedes y recompensas.

Y su figura crecía y se ajigantaba á los ojos de todos, cuanto mayor era su empeño en anularse; y llegó á adquirir esa espiritual grandeza de los humildes que por su propia virtud se emancipan de la tiranía de la pasión y reinan como soberanos sobre los hombres y sobre las cosas menudas del mundo.

El mismo Magistral, que un tiempo se permitiera aconsejarle ostentando ante él su autoridad de mayor en edad, saber y gobierno, acabó por rendirse á los pies de aquella estóica sotana de Quitolis y hasta llegó á solicitar sus opiniones de clarividente privilegiado en más de una ocasión.

Con estas y con las otras peregrinas cosas, los demás canóni-

2

gos formaron tan elevado concepto de él, que la malicia cabildera, atendiendo á la estrecha amistad entre el cura y el capitular, atribuyó al primero gran parte de la gloria y el renombre que el segundo se conquistara desde el púlpito y miró á Quitolis como al verdadero *Espíritu Santo* que iluminaba al Sr. Magistral en la Cátedra. No era esto verdad, sin embargo.

Quitolis, si bien tendía su vista alguna vez por aquellas cuartillas que su protector le ponía ante sus ojos en son de consulta, absteníase de dar sus opiniones. Él lo hubiera borrado todo de muy buena gana porque era... así, como Dios le había hecho; pero no se atrevía á tanto, ni se creía con autoridad para ello, por mucha que fuera la sumisión del Magistral.

Estaba visto que él no era orador, ya que su espíritu chocaba

contra aquellos enérgicos tonos que todo el mundo aplaudía sin reserva, y se callaba.

Era verdad: Quitolis no era orador. No se reconocía con fuerzas para abrir su corazón sobre la atenta muchedumbre de los fieles, aplastada bajo el púlpito en las penumbras de la Catedral. Varias veces, tentado de no sabía qué infantil comezón, se había asomado á aquella baranda de jaspe, en las horas de soledad, y al contemplar desde allí las sombras de allá abajo sintió el vértigo de las alturas como ante un abismo, y descendió medroso y pálido por la enroscada escalera, como un niño asustado: ¡Cuánto mérito tenía lo que el Magistral hacía desde aquella peligrosa cumbre! Él no se atrevería jamás.

Mas no obstante estos terrores pueriles, soñaba á veces con *su sermon*: sí, él pensaba en esto con frecuencia. Tenía allá dentro, en

lo más recóndito del alma, una hermosa y vibrante oración sagrada que no había oído jamás en labios humanos. Era un valiente cántico lleno de infantil optimismo, impregnado de rara y tolerante fé, saturado de una ternura infinita y misericordiosa: un sermón que, más que para dicho allí, bajo las bóvedas del templo, era para cantado á la luz del día desde la cresta de un alto monte, sobre la plena faz del mundo todo. Era, en suma, un entusiasta himno de gracias al Dios omnipotente que riega las flores con el rocío y fecunda los campos... hasta con la turbulencia de sus aguas tempestuosas, y una generosa bendición lanzada sobre todos los humanos corazones, si eran buenos porque eran buenos, y si eran malos para convertirlos por el amor con la infinita bondad de un perdón ni merecido ni esperado.

Para él, para Quitolis, aquellas agrias y desabridas filípicas que el Magistral lanzaba desde las cumbres de su autoridad sobre los fieles, y aquel afán guerrero que en el púlpito revelaban todos los oradores de Pinares, no eran cosa buena, ni menos inspirada por el Espíritu de Dios. Aquella eterna queja, aquel continuo azote, aquella saña rabiosa contra la impiedad del mundo, trascendía á soberbia de sectario, á humana y mortal ira, á torpeza miserable y ruín. Él soñaba con otros matices y tonos más dulces y consoladores que los de aquella cruel amenaza con la cual se trataba de abismar al espíritu creyente bajo las negruras del castigo y las desesperaciones de una eterna pena. El mundo no era tan malo como el Sr. Magistral lo pintaba con un exceso de celo que acaso Dios le perdonaría en gracia de la buena intención. La vida

era una eterna florescencia de la voluntad del Altísimo; el cielo azuleaba siempre; el mar se estremecía de júbilo al soplo del viento campesino; el horizonte sonreía todas las mañanas encendido de roja lumbre al beso del Sol. ¡Todo era glorificación y exuberancia y ritmo sobre la faz del planeta, y solo la triste Humanidad, la pobrecita Humanidad, gemía y arrastraba sobre la costra sus dolores! ¡Y sobre ella había de lanzar todavía el quejumbroso Magistral el azote de su irritada oratoria! Nó, y mil veces nó. Lo necesario era consolar al triste; alentar al fatigado; vestir al desnudo de ropa limpia el cuerpo y de gratas ilusiones el alma; socorrer al caído, y encender de puro y ferviente amor todos los corazones desesperados.

Tal era, con ligeras variantes, el monólogo mental de Quitolis en muchas ocasiones, sobre todo

cuando en presencia del anchuroso mar bañado de luz, se extasiaba. Tal era el interno sermón que en su reflexivo espíritu se alzaba como un vaho. La vida entera diera él por abrir la boca y soltar todo aquello en un momento sobre las apiñadas cabezas que su protector fustigaba desde allá arriba, pero ¡no podía! ¡no sabía! Si en sus interiores arrestos se disponía á la peroración tentado de repentinos estímulos, las ideas agolpábanse atropelladamente á su magín cual si anduvieran allá dentro ansiosas de ver la luz, y con toda aquella balumba de ternuras le amordazaban la lengua y le agarrotaban su garganta, y solo dos hinchadas lágrimas que en los garzos ojos le nacían, daban la señal de que la negra silueta del cura no era la estatua de la Meditación, como cualquiera creería al verlo sentado y absorto en su banco de hierro de El Mirador.-

Pero no renunciaba: el tenía su sermoneico dentro del pecho.

.

Los noveles curas, sus compañeros de sotana, que también andaban, como el Magistral, tocados del afán modernista de la polémica y en todo veían la huella del *nefando y asqueroso racionalismo*, atraídos por su fama y sus bondades le leían también más de una vez sus trabajos antes de darlos á luz en los periódicos que habían tomado á su cargo la defensa de Dios; pero estos sí tropezaron siempre con su extático espíritu transigente.

—No os metais en eso—les decía con cariñoso acento impregnado de cierta ironía.—No defendais á Dios: dejadle allá en las alturas.... que Él se defenderá si puede: ¿Qué va á hacer el Sr. Magistral si le quitais el puesto en la pelea?

Y los curitas, que no eran de su

opinión, se encrespaban de ira contra la impiedad que cundía, y volcaban todo el insolente vocabulario del idioma sobre los herejes y desalmados. Y Quitolis, siempre firme en su cándida fé y en su heróica tolerancia, se entristecía viendo aquel repugnante espectáculo vocinglero; y cuando menos lo esperaban aplastábalos con estas palabras:

«Á Dios se le honra, pero no se le defiende. El pecado no ha de prevalecer contra su Verdad y su Justicia: Él lo ha dicho y hay que creerlo. Dejad estar eso. No hay peligro de que el Sol se apague ni de que la Tierra se desquicie por que unos cuantos desgraciados le busquen por torcidos caminos. Después de todo peor sería que no le buscasen. Orad y y tened fé. Si la Iglesia—proseguía—se penetrara de su augusta grandeza y eternidad, y ante esa impiedad que tanto os espanta

permaneciera quieta y digna, dolorosamente contristada y muda, acabaría por imponerse como se impone á todo corazón la desgracia bondadosa é inerme. Pero si á los ladridos de los perros respondéis vosotros con ladridos también, no os quejeis si alguien os llega á tomar por tales alimañas apesar de vuestra negra esclavina y de vuestra fé.»

Los curitas parpadeaban al centelleo de estas palabras, que en los labios de Quitolis resplandecían como un vivo fulgor, y se alejaban maravillados de la bondad de aquel pedazo de tonto, que ni siquiera quiso ser canónigo cuando pudo.

V.

LO MÁS RECÓNDITO

V.

LO MÁS RECÓNDITO

Lo primero que resaltaba en el fondo de aquella extática conciencia de Juan, era la idea de Dios; pero de un Dios muy suyo, muy personalmente adorado, muy santo y misericordioso.

Si en sus arrobamientos de místico le reconocía el don de la Magestad augusta, propio de la Omnipotencia, hacía lo de modo que aquel don no llegara jamás á nublar la faz del Eterno con las

sombras de la tiranía ni con las actitudes apocalípticas de la excelsa ira.

La Magestad era como un risueño resplandor de la Verdad y de la Justicia totales que en él se daban, entrevisto por el alma extática que abría de par en par los ojos ante su infinita belleza. Si Dios era Dios, toda la redondez del cielo, con el voltear continuo de sus soles, no era más que la brillante pupila de uno de sus ojos garzos.

No cabía su imagen en la humana mente,.... y había que doblar la rodilla é inclinar la cerviz ante lo Infinito.

Este era el principio de la oración y de la reverencia; y el hombre rezaría siempre, aunque la revelación faltara y aunque todas las religiones positivas borrasen de un plumazo sus mandamientos.

Aparte este grandioso culto al

Dios Uno, todas las demás ideas y manifestaciones parciales de la Divinidad parecíanle menudas creaciones del arte poético-religioso, muy dignas de respeto solo porque establecían una serie graduada de notas de lo Eterno frente á la serie total de los humanos seres: mas atendiendo al valor real y positivo de todas estas soñadas condensaciones del ideal, considerábalas como destinadas estrellas, pálidas y muertas en el gran claror de la luz diurna.

Lucharan otros por la integridad de esos dogmas estrechos en los que la Iglesia ahogaba su gran Verdad: él se apartaba de esta lucha sin revelar á nadie el flaco de su fé y creía que bastaba, para los fines de la vida y de la religión, afirmar el dogma de lo Infinito: ese dogma grandioso del Dios Uno, que tan olvidado tenían los canónigos del cabildo en

tanto reñían ruda batalla al pie de cualquier minúsculo altar.

Como se vé, aquella singular bondad con que Quitolis miraba á los combatidos racionalistas del Siglo, no era solo caridad cristiana, sino instintiva simpatía de su espíritu que, sin darse cuenta de ello y aun dándosela muchas veces, llegaba á coincidir con algunos en la sencillez y sobriedad de una fé pastoril, desembarazada de enrevesados misterios é inextricables laberintos filosóficos.

Cuenta y muy clara dábase el buen cura, en sus hondas meditaciones, de lo que cualquiera llamaría *su nefanda heterodoxia*: lo que no se le alcanzaba, por mucho que fuera su buen deseo, era el peligro de estas ideas y de esta fé que, aceptando todo lo esencial para la vida del espíritu, rechazaba muchos accesorios que á la razón repugnaban. «¡Era tan sencillo creer así y amar lo

creído!» Se imponía de tal modo á su alma la idea del Dios Padre, creador y ordenador de todo, que no comprendía cómo la Humanidad entera no descansaba en esta singular creencia, como en un eje formidable que apoyara sus extremos en dos opuestos polos del Infinito azul.

Y era el caso, que aunque á sí mismo se argumentaba y á sí mismo se lanzaba en rostro *sus herejías* muchas veces, como un pecado, el Juan interior, el cura modesto y humilde, el soldado de Cristo permanecía firme, impasible y sonriente ante sus propios y pasajeros escrúpulos, con toda la blancura de su fé marmórea allá dentro y la conciencia tan tranquila y tan serena que, á ser un lago, en él se reflejaran sin quebrar su luz todas las estrellas del firmamento.

«Aquí estoy, Dios mío, decía, tal como soy. No puedo engañar-

te; pero tampoco quiero hacerlo. Tómame tal como me hiciste...y perdóname si no confieso ante los hombres mi flaqueza: no me entenderían».

Al influjo de estas extrañas oraciones iban reviviendo en su mente las imágenes de los redondos canónigos del Cabildo, de los curitas turbulentos de la última hornada, del Sr. Magistral, su protector y amigo; y ante ellas pensaba si aquellos seres, cuyas sombras acababa de evocarle el recuerdo, no tendrían como él, allá dentro del pecho guardada, una fé simple y sencilla, muy otra de la que á diario propagaban con el quejumbroso clamoreo de sus irritadas voces.

Pensándolo y dejándose arrastrar de ciertos interiores anhelos, notaba el serpear de un fugaz escalofrío por el nervioso cuerpo y...acongojado lloraba.

«¡Cuán ejemplar y hermoso es-

pectáculo sería el de la súbita desnudez de todas aquellas almas encapotadas y oscurecidas bajo la fórmula teológica! ¡Cuán rica ofrenda para la humanidad atribulada la sincera confesión de todas estas misteriosas dudas que minaban la paz del Espíritu Cristiano! Acaso llegaría el día en que esto sucediera, y entonces la Religión tornaría-se más humana y natural, dilataría su imperio sobre las conciencias, perdería el afán sectario que la entenebrece, y no dejaría por esto de ser divina, ni de asomarse por encima de las fronteras de lo sobrenatural sobre la infinita extensión de lo ignorado y suprasensible. Pero esto iba para largo.....

Aunque era cierto, rigurosamente cierto, que Juan se despeñaba á menudo por aquellos peligrosos senderos, también lo era que jamás se sintió tentado del espíritu reformador y militante

de otros furibundos ministros del Señor.—¡Eso nunca!—pensaba—Aquellas cosas eran para él solo. Él era así: profundamente extático y pasivo; humanamente egoísta, si se quería.

Aunque fuera batallador, tampoco creería necesario ni conveniente la lucha en este punto. Era preferible la quietud, el estancamiento de la fórmula en medio del silencio y del olvido, y dejar al tiempo su misión destructora. Dogma combatido era dogma despertado y revivido ante la cristiana é irreflexiva expectación de los fieles. «Si quereis que eternamente viva, combatidme eternamente» parecía decir la fórmula teológica alzando su cabeza de serpiente herida por encima de la discusión de los pueblos.

Con estas cosas la sombra de Lutero venía á su memoria y si bien le admiraba con la tenaz bravura de su espíritu reformador y

arrogante, no le convencía. Él se formulaba á sí mismo también *sus conclusiones*, mas no las clavaría jamás sobre la puerta de ninguna Iglesia, ni sometería el pleito de sus dudas al Papa, ni á la Dieta, ni siquiera al Concilio General Congregado. Él apelaba á otro tribunal más egregio y augusto; él alzaba sus ojos y su corazón hasta el mismo trono del Altísimo y ofrecíase inerme, confiado é indefenso á la divina contemplación. ¿Que se había equivocado?... ¡Pues á pesar de ello habría realizado el bien en el mundo sin llegar á ser piedra de escándalo, que era lo fundamental y lo eterno!

Y aquel *Abate Froment* pinarense alentaba pujante de lozana vida en el fondo de su creencia y no caía en la tentación de escribir su *Nueva Roma*, ni se movía á nada que no fuera solicitado por el acompasado ritmo de su

quehacer diario, simple, sencillo, desapasionado y ascético...

Para comprender una tan robusta fé unida á una tan pasiva y estóica serenidad del ánimo, no había más que mirar á la cara del padre Juan. Allí estaba todo el hombre.

Era por obra del mismo Dios, que así quiso hacerlo, un temperamento linfático-nervioso dotado de gran sensibilidad y ayuno de fuerzas impulsivas, de esos que con tanta frecuencia se descubren entre las mujeres de espíritu cultivado. Cuál de aquellos *humores* predominaba en él y cuáles eran las entrañas más activas de su individuo, sería difícil determinarle. Sentía, sí, con calor de niño; pero la ola de sus internas energías hinchábase y estallábase en blancas espumas allá dentro y... apenas si proyectaba sobre su rostro de arcángel una sonrisa fresca y brillante que en los rojos

labios le resplandecía.

Por imposición de esta su naturaleza, sentíase apartado no solo del batallar romántico que tanto enamoraba á otros soldados de la fé, sino de muchas pruebas y atenciones propias de su ministerio. Él ni siquiera soñaba con las peligrosas aventuras de las misiones del Oriente; él, no podía tolerar en su oído sin temblar la punzada de una humana queja; él, no podía ver los rojos labios de una herida sin caer redondo al suelo con la cara desencajada y fría. Se hubiera entregado á la muerte sin pestañear con un Cristo entre las manos, pero no tenía valor para asomarse al borde de una úlcera. Él era así; un pasmado, un extático, un cura *sensitiva*, un alma sanamente bondadosa. El era...Quitolis.

VI.
REFLEJOS

VI

REFLEJOS

Toda la balumba de sus ideas en punto á lo sobrenatural; su condición de intelectual iluso vencido por la prosa de la vida; su nativa modestia y abnegación y el trato continuo con los dóciles latinistas de sus clases, no podían menos de producir en el ánimo del padre Juan una especial manera de ver y *de sentir*.

En su modo sintético de razonar, y en su afán por lo senci-

llo y concreto de los altos ideales, solo reconocía como exclusivos objetos dignos de sus meditaciones, dos grandes cosas: la una era negra, tétrica y gruñona: la Iglesia; la otra era blanca, poética, riente y dulce: la vida toda.... Pinares... el mar azul... ¡su mundo externo!

Cierto era que, examinándose á sí mismo, creía escuchar en su interior lejanas voces que le acusaban severamente de hombre inútil y derrotado por la Naturaleza; pero aun así, reconocíase grande frente á esta íntima acusación, y aunque sangrara por cien heridas él seguiría luchando, con la Esperanza por escudo. Era un creyente que se colocaba ante las severidades del Templo oficial para combatirlas, y que salía al paso á todas las tribulaciones para consolarlas.

Si bien reconocía la gran bondad del Sr. Magistral, sus ejem-

plares virtudes y el buen deseo de cuantos como él vestían la negra sotana—emblema de eterno luto por la muerte del Nazareno—deploraba que, corruptelas de los tiempos y del espíritu cristiano por una parte, y por la otra naturales derrumbamientos de una falsa organización eclesiástica, hubieran convertido el sacerdocio en un oficio y al sacerdote en uno de tantos *jornaleros* como en el mundo había. Honraban y adoraban á Dios como verdaderos fieles, sí; pero muchas veces servía el Altísimo de pretexto á mundanas y prosáicas ambiciones y...¡esto era una lástima! Si ello pudiera remediarse, Dios lo agradecería. Por lo demás, el mundo no estaba ya tan necesitado de una tutela abrumadora, ni era preciso que esta se ejerciera por toda una numerosa legión de soldados de la fé. Con menos curas y más ejemplos de

virtud, andaríamos mejor.

Este continuo pensar era la coraza en que el padre Juan se envolvía en su aislamiento, y abroquelado en ella decía su misa, enseñaba latín y confesaba á cuantos se rendían á sus plantas.

Para esta última función de su ministerio—acaso la que con más ferviente anhelo desempeñara—era de lo más bondadoso y transigente que se podía soñar.

En un principio, los niños de corta edad y los que se preparaban para su primera comunión, eran los únicos penitentes que se postraban ante su esplendorosa juventud; pero andando el tiempo, su fama angelical fué corriendo de boca en boca y ya comenzaron á entrar en la red de su confesonario algunos peces más gordos y pesados.

Era verdad: el padre Juan era una bendición para esto.—¡Qué bondad la suya! ¡Qué fina delica-

deza la de aquel espíritu evangélico! Apenas preguntaba;... jamás se metía allá dentro, como otros, para remover con el hilillo silbante de la voz las recónditas heces del espíritu. Para él, lo importante y grandioso de aquel acto estaba en el momento preciso de caer encendido de pura fé al pie del confesor y de elevar al Cielo aquel salmo de contrición tan sencillo y tierno: «Señor mío. Jesucristo: aquí estoy... óyeme.» Esto; esto era lo esencial. Lo demás, lo de hundirse en el alma atribulada como un buzo, y sacar los negros pecados á la luz del día, y arrojarlos al rostro del confesado con humana y mal contenida ira y hasta con cierta morbosa delectación... eso no se podía hacer, ni se debía hacer.

Y el buen padre, fiel á sus convicciones, escuchaba atento y benigno aquella dulce canturia que en su oído caía con el rumor de

la lluvia menuda; y, entre lo que el confesor no preguntaba y lo que callaba el penitente, por olvido ó por malicia, resultaba que en su confesonario se estrellaban casi siempre los resplandores de la inocencia más pura; y el mundo seguía siendo un paraíso sin serpiente; y la virtud vencía por ley natural al pecado; y él hacía muy bien en aferrarse más y más á su feliz optimismo de cura bonachón y satisfecho.

Cuando después de largas horas de quietud abandonaba aquel santo tribunal de la penitencia, por donde había cruzado toda una riente infancia con la sarta de los menudos y candorosos pecaditos al hombro, sentíase invadido de una gran alegría y como rejuvenecido y alentado al influjo de una interior Primavera que allá dentro del alma le abortará el fresco perfume de los campos con el resonante estallar de mi-

llones y millones de pintadas flores.

Con tal delicia saboreaba el tal Quitolis estas espirituales emociones, que el hábito de confesar llegó á tener en él algo de maniático celo. «¡Era tan hermoso perdonar, y había tan poco que perdonar en el mundo!»

Animado de tales ideas, penetraba muchas veces en el confesonario de la capilla de la Virgen y allí sentado aguardaba largo rato la llegada de algún penitente; mas no siempre había niños en la iglesia.

Había, sí, guapetonas y frescas mujeres; elegantes y vivarachas devotas que por allí andaban, con el inquieto abanico en la mano, arrastrando á su espalda la estela de un perfume delicado y sugestivo; pero no se acercaban á él. Era demasiado guapo para confesor de una mujer hermosa. Y más valía que no lo

hicieran, porque solo de ver que hacia él venían, temblaba como un azogado.

Sin embargo; alguna hubo que, atraída por su fama de hombre benigno y por la noticia de su delicadeza en el preguntar, apechugó con él y se arrodilló á sus pies momentos antes de entregar su blanca mano en los altares.

Cuando esto sucedía, el padre Juan se replegaba en las sombras del confesonario todo asustado; y en tanto la devota elevaba al cielo la primordial oración, él, fustigado de cierta vaga inquietud, también oraba y se decía: «¡Señor, que sea buena y pura como un niño!» En tal estado de ánimo disponíase á cumplir con su sagrado ministerio.

Lo primero que el buen Quitolis hacía en estos apurados casos, era anticiparse á su penitente abriendo de par en par su corazón bondadoso y haciéndole ver

cómo allí no se albergaban las eternas penas del infierno, sino toda la piedad del mundo para poner remedio á las tribulaciones del alma.

«Dios era muy bueno; era la suma bondad. En Él no despertaba el pecado insana ira, sino honda y abrumadora aflicción. Pero ella... sería buena ciertamente; y reconociéndole como Padre cariñoso y tierno... le amaría; ¿verdad?»

—¡Si, le amaba!

—¿Sobre todas las cosas?...

—¡Sobre todas las cosas!

—¡Qué hermosura!

«Pues esto bastaba;—proseguía el curita. De ahí venía todo. Afirmar esta idea en el fondo de la conciencia y adorarla, eso era la salvación eterna. Ella iba á entrar ahora en una nueva vida, acaso en la plenitud de la vida tal como Dios la creara. Y claro estaba que, siendo como era

buena, habría llegado á aquella determinación del ánimo por exclusivo mandato del corazón: ¡claro! del corazón... que era donde Dios ponía los buenos impulsos de la pasión humana».

—Sí; así era en efecto: ¡por exclusivo anhelo del corazón!

— ¡Le amaría honestamente!

—Sí, le amaba.—respondía un tanto emocionada la doncella.

Y, aunque el padre no preguntaba ahora como antes, en el alma de la penitente repetíase como un eco de una anterior afirmación esta idea: «¡Sobre todas las cosas; también sobre todas las cosas!»

Claro es que el padre Juan no oía estos interiores gritos del alma enamorada que á sus pies tenía. Y como no los oía, continuaba en sus consejos y exhortaciones cual si quisiera impedir con sus santas palabras la efusión de aquella conciencia; y hacía lo con

tal bondad y con tal delicadeza, que, aunque aquello no era una verdadera y total confesión de culpas, la penitente sentía refrescado todo su ser como por un bienhechor rocío, y acababa por enternecerse de pura y penetrante religiosidad. ¡Qué santo del cielo era aquel bendito padre! ¡Qué ganas daban oyéndole de ser aún más buena! ¡Qué lástima que fuese tan joven y tan..... porque ¡claro! no se podía confesar con él aunque no fuese más que por el *Qué dirán*

La penitente alzabase de allí con el consuelo de la absolución, y allá se iba á cualquier sombrío rincón á rezar su penitencia, con toda el alma llena de gratas ilusiones.

Juan, como siempre triunfante y feliz, salía del confesonario, rezaba su Salve al pie del altar de la Virgen, y allá se iba llevándose entre los pliegues del manteo

todo aquel suave olorrico de rosas
tempranas que de la engalanada
capilla salía.

«¡*Aquella*, era también buena y
pura como un niño!»

VII.

DIOS DISPONE

VII.

DIOS DISPONE

Bueno será decir que, á pesar de esta vida seráfica y desapasionada con que Dios premiara al buen Quitolis, el hombre se agotaba y envejecía como cualquier otro mortal llamado á pudrir tierra el día menos pensado.

Hubo un tiempo (allá por los treinta y ocho años de su edad y los doce de su pacífico ministerio) en que su humanidad rindió el debido acatamiento á las leyes

de la Naturaleza y engordó como un cura cualquiera. Su sotana viose entonces más repleta y redondeada que nunca y hasta llegó á brillar de gozo con el tornasolado verdinegro de la seda traída y estirada sobre la inflada piel. Pero esto pasó pronto. No sabemos qué secretos flacos de aquel organismo, ni qué suerte de goteras operaron sobre aquel macizo y lustroso edificio; ello fué que, sin causa visible que explicara el caso, empezó de repente á cuartearse.

El padre Juan enjugose de carnes con cierta prisa en un principio y acabó por enflaquecer y consumirse. Su sotana volvió á caer amplia y lacia á lo largo de su cuerpo derecho; sus ojos amortiguaron el centelleo juvenil que antes lucieran; entre las hebras de su pelo comenzaron á apuntar algunas canas; su sombrero de teja hundiósele sobre el

cogote y con las alas caídas y despeinadas, semejaba sobre su testa un pajarraco herido y maltrecho derribado de la altura.

No obstante esta derrota corporal, aun resplandecía en su cara aniñada y naturalmente ruborosa la magestad del Angel de Salzillo; y hasta diríase que sobre ella resaltaba con mayor viveza, de un modo más sensible, la evangélica unción de su apostura, humilde y gallarda á un tiempo.

No se crea, sin embargo, que el padre Juan paró mientes en ninguna de estas cosas, ni que abrigó jamás temores y aprensiones de enfermo. Cuando su buena madre se acercaba á él para preguntarle qué tenía, siempre le respondía con una sonrisa y un beso y con estas ó parecidas palabras, dichas entre bromas y veras: —Nada tengo, madrecica, más que la suerte de ser tu hijo. Mírame

mírame cómo me voy arrugando y cómo me voy pareciendo á mi vieja.

Y volvía á darla un beso que casi siempre empujaba á los ojos de la buena señora alguna lágrima.

Mas aunque todo esto sucedía y aunque el tiempo iba ensanchando poco á poco la tonsura en la cabeza de Quitolis, sin otros auxilios ni artificios que los de sus propias injurias, era el caso que para el alma del padre no pasaban días. Él reconocíase, allá en sus adentros, el mismo niño de siempre, con su hambre insaciable de luz y de color en lbs claros ojos; con su extático soñar de adolescente, y hasta con aquel fervoroso sermón de sus cavilaciones dentro del pecho, tentándole el ánimo á cada instante.

Muy ajeno andaba él de que tuviese que soltarlo algún día desde el púlpito, ante la muda

expectación de los fieles, cuando... he aquí que el destino dispuso otra cosa.

Ello sucedió de la manera siguiente.

Sentado en un banco de El Mirador se encontraba una tarde, contemplando el mar como de costumbre, cuando notó de repente ante él un negro telón que le ocultaba el paisaje. Alzó sus ojos y vió tres sotanas, y dentro de cada una embutido un hombre.

Eran tres compañeros que en su busca venían seguramente, jadeantes y sudorosos, y que al tropezar con él se pararon en seco.

¿Qué ocurre?—preguntó Quitolis, adivinando en sus amigos la inquietud de alguna desagradable nueva.

—No te alarmes;—le dijeron— es un bien para tí.

—Pero... ¿qué pasa?

—No es nada de particular.

JUAN ANT.º MARTINEZ

Vente con nosotros; pasearemos y... paseando te daremos la noticia...

Pues era... que el Sr. Magistral había enfermado repentinamente.

—¡Cómo!

—Sí; pero no era nada. Ellos habían estado allí toda la tarde. El médico decía que había pasado el peligro; pero que necesitaba mucha quietud.

—¡Vamos allá!

—Sí, hombre: allá vamos; pero no seas tan súbito.

—Y ¿dónde está y cuál es ese bien con que me brindásteis al llegar?—exclamó de pronto Quitolis, acordándose de las palabras de sus amigos y parándose de repente.

—Mira, chico, no te aceleres y te enterarás de todo; pero déjanos hablar—díjole uno de ellos, y continuó...

—Al volver el Sr. Magistral del ataque...

—¡Un ataque!

—Sí; ¡un ataque!... comenzó á mirar por todos los rincones de la alcoba como buscando algo. Y apenas se convenció de que lo que buscaba no estaba allí, abrió los labios y dijo: «Que venga Quitolis.» Tu sabes que él te llama así. Entonces, sacó una de sus manos del embozo de la cama; la tendió hacia mí: yó me acerqué y... para acabar pronto: que mañana predicas tú en el festival de la Virgen del Carmen, sustituyendo al Sr. Magistral que, como sabes, es siempre el orador de esa hermandad y que no puede serlo ahora.

La techumbre del cielo desplomósele al buen Juan sobre la cabeza al oír esto; cerró los ojos, palidécio, y estuvo á punto de caer redondo en tierra.

Los curas riéronse con toda la boca, al ver la cara de espanto que puso.

En efecto: su rostro se había demudado. Aquello era aún más grave que la enfermedad del Magis^tral. Él no podía predicar; él no sabría hacerlo. ¡Qué iba á decir!

Y pensando esto temblaba como un niño asustado; pero no articuló ni una sola palabra en señal de protesta.

En esto llegaron á la silenciosa morada del enfermo. Quitolis penetró en la alcoba con cierto instintivo recelo, pero sonriente y hasta bien humorado para animar á su protector.

Allí fué donde el Magistral, con ternuras de convaleciente al cual nó se podía contrariar y con dulziones consejos, acabó de arrancar á su protegido una solemne promesa.

— «Nada, nada; fuera miedos.»
¡Al agua! A ver si por aquel camino se iba á alguna parte. Él se encargaría de arreglar esto

con la Hermandad.

El pobre y atribulado cura, camino ya de su casa, iba pensando cómo podían haber ocurrido en tan contadas horas tantas y tantas desgracias como le embargaban el ánimo y hubo momentos en que le pareció cosa de sueño su apurada situación.

Anticipándose con la imaginación al momento de su tortura, sentía que la lengua se le secaba y que un frío de muerte le penetraba los huesos. Se temía á sí mismo; temía á sus interiores cavilaciones.

Para colmo de males y desdichas, aquel sermón que durante toda la vida había oído en el fondo de su conciencia, como un callado rumor de todos los movimientos de su alma, había desaparecido ahora. Lo buscaba con rabioso afán; trataba de reconstruirlo y... ¡nada! Ni una idea; ni un acento siquiera res-

pondía á su anhelo. La sombra y el silencio de una tumba parecían habersele albergado en lo interior, y... hasta él mismo era un cadaver, sí; un hombre muerto para todo, menos para sentir aquel pavor que le paralizaba la sangre en las venas.

Intentó hojear algunos libros de su biblioteca; mas como no sacara de ellos gran cosa en limpio, dejólos al fin y se acostó.

Toda la noche anduvo desasosegado, inquieto y nervioso; apenas pudo dormir. El lecho de Procusto hubiérale parecido de blandas y perfumadas flores con tal de no hablar.

Amaneció, por fin, aquel día tan temido; vistióse al alba y fué, como de costumbre al Mirador, á contemplar la Naturaleza, ¡su gran libro!

¡Ya no faltaba más sino que el astro rey dejara de acudir á la eterna cita... para convencerse

de que aquel cruel tormento de su alma era solo una horrenda pesadilla!

Mas, no fué así: aquella mañana, como todas, el astro del día asomó la amarilla jeta por encima del horizonte marino, inundó de sangrienta luz el blanco case-
río, y espantó con su irritada faz de tirano á todos los pajarillos que en la espaciosa vega dormían.

VIII.

EL SERMÓN DE QUITOLIS

VIII.

EL SERMÓN DE QUITOLIS

Desde las primeras horas de aquel bochornoso día de Julio (el de la festividad de nuestra Señora del Carmen) la Parroquia llamada «de las Huertas» en Pinares parecía un bullente y ensordecedor enjambre de negras abejas, con el inquieto pulular de tanta devota como por allí andaba escapulario al cuello, esperando el momento de la Comunión.

La Iglesia—amplia y vasta en extremo—era en aquel instante reducido espacio para contener la gente y hubo de abrir de par en par el cancel de sus dos puertas, por las cuales salían de vez en cuando pesadas ráfagas de aire caliente saturado con el acre perfume de agostadas flores.

La Virgen había descendido de su camarín y al pie del Presbiterio aguardaba, muy engalanada y peripuesta, la hora de la procesión. A la izquierda del altar mayor y colgado en uno de los recios pilares que sostienen la cúpula, estaba el púlpito, ya vestido, aseado y limpio, esperando al enviado del Espíritu Santo.

¡Aquel, aquel era el verdadero Gólgota en que Quitolis pensaba que iba á recibir muerte de cruz... luego... al anochecer, cuando la Virgen retornara de su paseo!

¡Qué angustia la suya! Dijo

su misa y se fué.

Por la parroquia había circulado ya la noticia de la enfermedad del Magistral, y la Hermandad se había apresurado á nombrar *una comisión* que fué á visitarlo. Ella se cuidó de cundir la nueva de que el padre Juan era el encargado de dirigir la palabra á los fieles en aquella memorable noche.

A decir verdad, todos recibieron con júbilo el nombre del nuevo predicador, porque era *un santo bendito*; pero allá, en el fondo del alma, abrigaban el temor de que el bondadoso cura no rayase á la altura que su antecesor alcanzara en casos semejantes, y aunque no lo parecía, lo deploraban.

Los sacerdotes, sus compañeros, y los canónigos del Cabildo, en cambio, mirábanlo como una *esfinge impenetrable*. ¡Qué saldría de allí! Si Dios quisiera inspi-

rarle y desatar su lengua, su sermón sería una maravilla. ¡Era tan bueno y tan sabio en su modesta apariencia! Pero no era orador.

Tal era, punto más, punto menos, el susurro de la murmuración.....

Llegó por fin la hora del suplicio.

La Virgen, de vuelta ya del largo paseo, contemplaba desde su trono el vivo mosaico de rostros humanos que á sus pies se extendía como una alfombra, y sonreía bajo la espesa capa de menudas hojas de flores que la piedad había arrojado sobre su manto desde los balcones y ventanas de la carrera.

La Iglesia, vestida con sus rojos y estrellados paños de gala, centelleaba con el titilar de millares de encendidos cirios esparcidos con profusión increíble por todas las cornisas, altares y rin-

cones. Por el abierto cancel penetraba estrujándose—como el ganado á la puerta de un aprisco—la inquieta muchedumbre de los fieles, y con ella todo el mundano rumor de la calle.

De repente amainó el tumulto.

El padre Juan, con su negro bonete entre las manos y la blanca sobrepelliz sobre los hombros, habíase deslizado desde la sacristía hasta el trono y caído á sus pies en muda y extática oración.

Todos los ojos le miraron.

Alzóse al fin, y, como Dios pudo encaminarlo, llegó hasta la escalera del púlpito, pálido, frío y tembloroso como un calenturiento. Subió... y apenas asomara la hermosa cabeza sobre el blanco tambor de la Cátedra, cayó en tierra desvanecido.

Los fieles creyeron que se arrojaba otra vez para invocar de nuevo á la Virgen, y sobre el manso oleaje del apiñado gentío alzó-

se el rumor de una Salve, que á Quitolis en su postración le parecía el monótono rebramar de la playa lejana.

El frío de aquel marmóreo fuste en que el buen padre apoyara su espalda al caer, le penetró las entrañas y le volvió á la vida. El vértigo había pasado.

Quitolis irguió sobre las temblonas piernas el noble y aplomado busto en un supremo esfuerzo; apoyó una de sus manos en el barandal del púlpito; alzó sus ojos de iluminado hasta las sombras del crucero, y con voz enronquecida y velada, en la que á cada instante crujía el sollozo, dejó escapar entre sus secos labios estas angustas y solemnes palabras:

«¡Qué frías están, Señor, las columnas del Templo!»

Sobre la aplastada multitud de allá abajo cayó como una escarcha.

El mismo Quitolis quedó sobrecogido de espanto al escuchar el eco de su voz. No sabía de donde le había nacido aquel angustioso grito; alguien acaso lo exhalara á su lado.

¡Pero no! Que era él mismo; el solitario y reflexivo cura; el abnegado y humilde soldado de la fé; el gran Quitolis contemplador y extático que, al asomarse por vez primera al borde de aquel abismo negro que ante sus plantas abriera el Magistral, lanzaba sobre la muchedumbre el fardo de todas sus meditaciones; su corazón entero, acongojado y triste, tierno y bondadoso. Por un verdadero y patente milagro nunca visto, aquel taciturno cura que jamás alzara la voz ante dos personas, llegó en un segundo á la plenitud del poderío, del dominio y de la elocuencia, y arrebató las almas con el mágico y celestial encanto de un arte inimitable y

de una sinceridad jamás oída.

¡Qué frías estaban las columnas del Templo!—repetía como un hipnotizado.—Y desataba su lengua dócil y valiente contra todos los que en el mundo viven y medran con la fé, aunque tienen la obligación de morir por ella, pobres y humildes como el Nazareno. «¡Qué consolador y sublime el fervoroso anhelo de aquellos devotos hijos de la Virgen!»

«La pobre y desolada Humanidad creía y rezaba aún, porque era buena, porque en su alma alentaba un ansia infinita de idealidad que sobrevivía y triunfaba victoriosa á pesar del desencanto.»

«¡Era cosa de volcar la techumbre de la Iglesia y de apartar á un lado aquellos helados muros para ofrecer al Dios de las alturas el dulce y delicado espectáculo de aquella Virgencica hermosa, vestida de flores y adorada

sobre la plena faz del mundo por el riente y alborozado rebaño de sus hijos!»

Glosando estos motivos, el padre Juan crecía ante la muda emoción de los fieles, transfigurado y gigantesco. Su brazo derecho se adelantaba en arrogante y brava actitud por encima del barandal, cual si quisiera descorrer á los ojos del pueblo aquella asombrada cortina de murallas que cerraba sobre la azul inmensidad de lo infinito; las palabras acudían á sus labios encendidas y vibrantes; su voz era una voz del cielo, severa y robusta, que ora gemía con el desmayo de una honda pena, ora relampagueaba tocada de puro y ferviente amor.

Contemplado desde abajo, su rubia cabeza destacábase por encima de la rizada sobrepelliz como la de un ángel. Era la augusta cabeza del Ángel de Salzillo sobre el blanco bellón de una

nube. Sus ojos brillaban inspirados: todo era en él firmeza y aplomo, verdad y entusiasmo, ternura y magestad.

Terminó; y después de lanzar sobre la muchedumbre una solemne bendición que partió el templo en cuatro pedazos, abandonó el púlpito, sudoroso y acongojado, tambaleándose como un borracho.

En todos los ojos había dejado una lágrima; en todas las gargantas un sollozo; en todos los corazones la sana alegría de vivir, de creer y de amar.

Á su espalda quedó la impresión de aquel pasmo, flotando sobre la apiñada y satisfecha multitud de la Hermandad de la Virgen.

IX.
COMENTARIOS.

IX.

COMENTARIOS

Atortolado y confuso llegó Quitolis á la Sacristía y, apenas se viera en ella, arrancó de sus hombros la blanca sobrepelliz, que le pesaba como losa de plomo, y huyó por la puerta que comunicaba con la calleja próxima. No sabía lo que por su cabeza había pasado al verse ante el encendido altar de la Virgen y suspendido sobre aquella silenciosa muchedumbre que invadía el vasto

templo. De cuanto había quedado á su espalda, solo retenía una vaga impresión de terror, que aun ejercía influencia sobre su espíritu, y el vivo anhelo de ocultarse á todas las miradas.

Un instintivo y extraño recelo, que se sobreponía en su alma á toda reflexión, decíale con voces muy claras y severas que su fogosa plática le había colocado en situación grave.

«He sido un imprudente — pensaba. — Estas cosas son más para sentidas que para cantadas en plena Cátedra. ¡Qué dirán los señores del Cabildo!»

Allí habían estado todos ó casi todos para oírle, sí. Al cruzar la Iglesia, desde la Sacristía al altar, creyó verlos agazapados al pié del fuste del púlpito; y al volver á la Sacristía, también creyó ver que se alejaban por la nave adelante, irritados y convulsos de ira bajo sus negros

manteos ¡Qué bueno fué siempre el callar! ¡Y en qué mala hora había enfermado su protector!

Con estas inquietudes en el alma atravesó Quitolis el mesocrático barrio de las Huertas y llegó á su casa.

Apenas terminara el sermón, la aristocrática Marquesa, madrina de Juan, acompañada de otras damas de la Hermandad y de algunos señores de *la Junta*, habíase trasladado al domicilio del Magistral, toda llena de noble orgullo, para darle cuenta del *debut* de su ahijado.

—¡Una hermosura!—¡Un pasmo!—repetía á cada paso. El mansito Quitois había estado hecho un coloso, un inspirado profeta, un Crisóstomo. Su oración había traspasado los límites de lo humano y trascendía á cosa divina desde cien leguas. ¡Quién lo hubiera creído! ¡Él, tan calladito y tan apocado siempre!

Y las demás señoras proseguían en el entusiástico elogio del neófito y explicaban al reverendo padre los arrebatos místicos de la hermosa oración de su protegido, y hasta trataban de reproducir, como Dios se los dejó entender, ciertos fogosos periodos que aun conservaban en la memoria.

—¿Veis, hijas mías, veis con qué buen acuerdo le llamé en mi auxilio?—decíales el Magistral recabando para sí un tantico de la gloria agena; y continuaba—Yo no me podía engañar en esto: Quitolis es un mozo listo como pocos. Dios lo ha escogido entre los buenos.

—Tuve buena mano: ¿verdad, padre?—interrumpió la Marquesa emulando con el Magistral.

—Sí, hija mía, sí, muy buena; pero tampoco es de olvidar mi acierto. Mi mayor satisfacción en el día de hoy—aparte la gloria que el Señor recibe con esta reve-

lación—es la de haber adivinado en Juan cuando callaba lo que vosotras visteis después de oírle... Y á propósito: ¿Qué fué eso de *las frías columnas de la Iglesia*, que me ha referido el Penitenciarío há poco? ¿Qué ha dicho ese muchacho? ¿Qué tuvo que ver él jamás con *esas dichosas columnas*?

—Yo le defiendo en este punto, Sr. D. Antonio,—exclamó la Marquesa abogando por la integridad del triunfo de su ahijado.—Es verdad, querido padre, que hoy hubo sermón *para todos*; muy cierto; pero ¿acaso los que visten sotana no son fieles como los demás, y, como todos, no andan necesitados de amonestación y consejo?

—Muy verdad, señora mía; pero no es un jóven inexperto el llamado...

—Nada, nada; no transigimos —continuaba la buena madrina

entusiasmada. Si algunas de esas columnas no quieren pasar por frías *que se arropen* y se dejen encender por la fé que predicán, como hace mi señor Magistral, y Dios será con todos.

--Ya veremos eso; ya veremos eso luego—acabó el canónigo esquivando esta discusión con las señoras.

En tanto el zarandeado Quitolis, vivamente agitado por el recuerdo de su sermón y por las severas imágenes de las heridas Dignidades que tan repentinamente abandonaron la Iglesia después de la fiesta, revolvíase en su lecho, febril y desvelado.

Había estado severo en extremo; más que severo, imprudente. Tal vez fué más grave que lo que él dijera, la irritada actitud de su persona; pero, de cualquier modo que se mirase, era lo cierto que, arrastrado de interiores y secretas ánsias, había revelado torpemen-

te los rencores que en el fondo de su alma alentaban contra la Iglesia Oficial, y esto habría de ser muy comentado y muy perjudicial para su buen nombre. Una sola vez en su vida había quebrantado sus hábitos de solitario reflexivo y—lo que él tanto temiera—toda su alma habíase asomado á sus lábios, comprometiendo la paz de su espíritu.

A vueltas con estas razones y con los fantasmas del Cabildo Catedral anduvo muchas horas. De vez en cuando notaba que algo así como una protectora sombra muy parecida al sueño caía sobre su mente y que, á poco y de súbito, salía de ella con verdadero sobresalto de todo su ser.

En uno de estos abrió los ojos y vió que el nuevo día apuntaba.

X.

EL SERMÓN DEL OBISPO

X.

EL SERMÓN DEL OBISPO

Como á las once de la mañana el padre Juan recibió un reçado del Sr. Obispo, que le llamaba á Palacio.

Muerto estaba de puro espanto recordando los tonos de su pasada oración é investigando si había en ella motivos que explicaran sus recelos; pero aun más muerto quedó al ver entrar por las puertas de su casa al familiar del Prelado.

Tomó sus manteos y allá se fué.

El curita que le acompañaba andaba que se parecía por trabar conversación con el ensimismado Quitolis, y viendo que la ocasión no se le ofrecía, rompió el silencio con estas palabras:

—¡Qué contento debe de estar, padre Juan, con su sermón de ayer! Dicen que fué una maravilla.

Á Quitolis pareció esta salida de buen agüero, y como no esperaba nada por este camino, quedó sorprendido al oír las anteriores frases.

«Si el Obispo no le llamaba para arrancarle de los hombros aquellos paños talares de su vestimenta, ¿para qué le llamaba?» — pensó.

Y mirando á la cara del risueño y afeitado curita, contestóle:

—¡Contento!... Aquel de ayer no fuí yo. No sé lo que me he hecho.

—¡Una hermosura! ¡Vaya! La Hermandad de la Virgen está loca de alegría y no sabe desde anoche donde ponerle. Verdad es que todo Pinares está encendido y no se habla más que del padre Juan... Hasta el Sr. Deán y el Provisor estuvieron esta mañana á visitar *al Señor* y yo creo que hablaron también del sermón de anoche.....

Quitolis tembló de frío al escuchar las últimas palabras. ¡Qué le habrían dicho al Prelado! ¡Cual no sería su enojo! ¡Ciertamente que los canónigos no habían penetrado el alto sentido de su oración sagrada y que en Palacio le esperaba un desastre!

Llegó al fin y, apenas pusiera los pies en el vestíbulo, le hicieron subir á las habitaciones *del Señor*. No bien se vió Quitolis ante el Obispo, adelantóse á él convulso y apenado; cayó á sus pies y besó aquel morado anillo

que en su turbación le parecía una brillante pupila que le escarbaba en el rostro.

—¡Perdón, perdón, padre mío! Yo no sé qué pasó ayer por mi cabeza. Yo quiero confesar mi culpa, si hubo culpa en mis palabras! Y lloraba sin alzar sus ojos, presa de una honda convulsión que agitaba todo su cuerpo.

—Calma, hijo mío, calma. No es este el momento de confesar, ni está bien que se confunda la autoridad del confesor con la del Prelado... Levántate, levántate. Te he llamado para que hablemos; solo para que hablemos; pero no te me entregues de ese modo: tranquilízate.

Aquel bondadoso acento cayó como un bálsamo sobre el atribulado corazón de Quitolis, y el buen cura irguió su postrado cuerpo. Mayor fué aún su sorpresa al ver que en los labios del Sr. Obispo brillaba una sonrisa que le baña-

ba de seráfico resplandor la enjuta faz, y en sus ojos dos tímidas lágrimas que apenas se atrevían á salir.

—Estamos solos, hijo mío. Siéntate...siéntate... yo te lo mando.—díjole con dulzura.

Quitolis se sentó. «¡Pero aquello era un sueño!»

—Ya he oído... ya he oído—continuó el buen pastor—cuanto de tí se dice, Quitolis. Y si he de serte franco, cree que no me ha maravillado tu revelación como orador.

—Señor...—interrumpió Juan como queriendo excusarse.

—No te he llamado para reprenderte—prosiguió aquel.—Ya sé que el Magistral te encargó de ello, y presumo que no habrá abierto ante tí las puertas del Infierno con su enfermedad.

De eso, de eso precisamente es de lo que yo quiero hablar contigo; pero no como un superior

jerárquico, sino como un compañero... como un verdadero y tierno amigo. Vamos á ver, hijo mío: y á tí ¿qué te dice tu corazón? Nadie mejor que tú debe de saber si el predicador incurrió en pecado. Te pido que me hables con el alma, que me enseñes el corazón entero. No es que te confieso; es que te lo ruego como un padre.

Quitolis sintió que á sus ojos se agolparon de nuevo dos lágrimas de ternura, que las anteriores palabras le arrancaban, y poniéndose en pie dijo con cierta sencilla solemnidad:

—Padre mío: Dios y yo sabemos que mi corazón está completamente tranquilo. Yo solo temo... no sé si á la torpeza ó á la malicia de los hombres, que pueden haber torcido el piadoso sentido de mis palabras.

—¡Bueno, hombre, bueno: vé ahí cómo ya hemos hablado y có-

mo has confesado y... cómo aquí no [ha pasado nada. Siéntate, siéntate, hijo mío.

Y el Sr. Obispo—que acaso llevaba bajo los rosados paños de su capa algún Quitolis—resplandeció de júbilo ante la ingenua declaración de Juan.

Él había procurado enterarse de cuanto había ocurrido en la parroquia de las Huertas y casi se atrevería á decir punto por punto todo el sermón de Quitolis. Claro era que, en un principio, la noticia llegó á Palacio de tal modo desfigurada, que aquello fué una alarma; pero él no formó juicio, ni bueno ni malo. Por instinto temía siempre á las primeras impresiones de las cosas... Después, ya fué otra muy distinta. Allí estuvieron muchos clérigos y seglares que le habían oído y... ya sabía él á que atenerse.

Era natural lo ocurrido—proseguía.—Ya lo presumió él así.

No era posible que las espirituales luces del Altísimo hubieran faltado en esta ocasión en la Cátedra, ya que en ella se había sentado un hombre de serena y cabal razón. Después de haber oído á todos, ya no le faltaba—como era lógico—más que el juicio del propio interesado, del fogoso y elocuentísimo Quitolis, y por eso se le había llamado.

—Y bien puedes asegurar—seguía diciéndole—que esperaba de tí hasta las mismas palabras que acabas de pronunciar.—Y dando de repente un giro más familiar al diálogo continuó:

--Pero, chiquillo, ¿de donde has sacado ese fuego, y ese hermoso acento, y esa facundia, y esa palabra tan arrebatadora que ayer luciste? Debe de haber sido ello una hermosura... Te advierto que has entontecido á la Hermandad. El Magistral puede ya considerarse desbancado por el mansito

y apocado Quitolis.

Juan oía todo esto maravillado y, más que maravillado, enternecido ante la bondad de aquel espíritu evangélico y cristiano. De tal modo caían en su corazón aquellas palabras, que oyéndolas creíase transportado á las celestiales esferas en donde los arcángeles moran y que uno de ellos, el más viejecito y arrugado de todos, era quien le hablaba.

—Ahora—prosiguió el Prelado con el mismo bondadoso tono—quisiera yo decirte algo que te importa á tí mismo mucho y que importa más aún á la causa de Dios.

No quisiera yo que vieses en mis frases nada que pueda mortificarte el ánimo; antes bien, desearía que descubrieses en ellas el celo y el cariño de un padre.

Con tu hermosa palabra, hijo mío, pudieras hacer mucho por

la fé en que vivimos y hemos de morir; pero para ello es preciso que sepas encaminarla con verdadero dominio de tí mismo. La palabra, cuanto más noble y sincera es más peligrosa. Es como uno de esos caballos, de fogosa y limpia sangre, ansiosos siempre de lucir sus naturales gallardías, que, cuando los dirige un experto jinete, todo se vuelve en ellos magestad y gracia y, cuando son mal dirigidos, tórnase todo desbarajuste, descomposición y peligro. Ya me sé yo muy bien, Quitolis, *cuán frías están las columnas de la Iglesia*; pero vé á decírselo á *las mismas columnas* en plena Cátedra, y ellas caerán sobre tí y tratarán de aplastarte bajo su peso. Y no hay para qué encender rencores en la casa del Señor. Una vida de virtud sólida y modesta es mil veces más ejemplar que todos los arrebatos de la elocuencia. Si te fijas, verás que

tú mismo, con tu modo especial de ser, eres un ejemplo vivo de esto.

Quitolis oía con verdadera atención al Sr. Obispo esta dulce reprimenda de última hora, tan habilmente traída, y en su interior daba toda la razón al Prelado.

—No quiere esto decir—proseguía el buen señor—que en el presente caso se hayan despertado contra tí las iras humanas, no; pero es bueno prevenirse. Déjate, pues, en lo sucesivo, hijo mío, de tales frialdades y no vuelvas á ocuparte de esto en el púlpito. Alguien pudiera ver en ello una obra de destrucción.

A más quisiera pedirte un favor; pero nada más que como favor... Ayer estuviste soberbiamente inspirado y elocuente; la Hermandad te admira y alaba como no te puedes imaginar; Pinares está envidioso de todo eso.

Pues bien: es preciso a ajar un tantico esa racha de popularidad, al menos en estos momentos. Por que todo lo que para tí es aplauso y encomio, tórnase, sin que nadie lo pretenda, dura crítica y acerba censura para las susodichas *columnas*—que bien sabe Dios que las hay—y de aquí la guerra sorda, el encono y todas las malas pasiones que vienen con la ira. En esta buena obra quisiera yo tu ayuda y... me la concederás ¿verdad?

—Padre' mío, ¡qué no haré yo por corresponder á tanta bondad! Si pudiese borrar de mi vida cuanto ayer hice, lo borraría ahora mismo.

—¡Bueno, bueno! Esa disposición de ánimo me gusta; pero... no hay que borrar nada: lo dicho, dicho está y, siendo ello bueno, no hay que pensar en destruirlo. Lo que hay que combatir aquí no es tu sermón, sino las pasiones

que él pudiera inspirar á los espíritus pequeños. Ya que eres tan... así, tan como Dios te ha hecho, vas á hacer lo posible por anularte, por apagar el ruido de esos aplausos, por pasar inadvertido á los ojos de la gente por ahora. Eso no te ha de costar á tí trabajo, y es cosa de poco tiempo: esto se olvidará pronto... *berva volant.*»

Así se convino entre el pastor y el cordero y así se cumplió en efecto.

Por el cabildo, no obstante, corrió el rumor de la gran reprimenda del Obispo.

El Prelado, en cambio, viendo salir al gran Quitolis, pensaba que no estaría mal que algún día cayese sobre aquel humilde presbítero la Divina voluntad en forma de Canongía de *Gracia*, ya que tanto temía él á la *Justicia* de los hombres de sotana.

XI.

PENITENCIA

XI.

PENITENCIA

Con paso tardo, el alma satisfecha y la infantil sonrisa dibujada en los labios, salió Quitolis del Palacio Episcopal y se dirigió á su casa.

«Por algo era Obispo.... el señor Obispo»—pensaba gozoso, recordando la dulzura de su plática y la bondad de aquel corazón que acababa de ver todo entero.

Traición nefanda sería no excederse en el cumplimiento de

la promesa hecha y... él no sería traidor jamás.

Bien lo había dicho el Prelado: cuán poco trabajo iba á costarle á él—reflexivo por condición y por hábito—anularse en la sombra y acallar el rumor de aquellos aplausos de que le hablaban. La azulada extensión marina, espórábale donde siempre para recrearle los ojos y apartarle del rumor callejero; el cielo riente y luminoso de Pinares, habíale parecido toda su vida espectáculo más digno de admiración que las eternas tristezas de los hombres.

No habría sido muy grave su pecado cuando el mismo celoso Pastor habíale impuesto con un ruego, por toda penitencia, la de que se entregara de lleno á la mera contemplación de aquellas hermosuras para él tan queridas. Qué bien pensaba el Sr. Obispo.... Los que miran atentamente

al mar acaban por ver en él otro cielo que se recuesta sobre la Tierra...

Ya había pensado él, en muchas ocasiones, si sus ideas serían punibles extravagancias ó verdades como puños, y siempre acabó por creer esto último. No se había equivocado, sin duda, cuando el Obispo le daba en cierto modo la razón.

Era verdad que aquello de *las frías columnas* había sido incurrir en el afán guerrero que él mismo censuró tanto; pero... no volvería á las andadas y hasta se reconocía sinceramente arrepentido de su atrevimiento. Ahora, era obligado cumplir como un hombre lo ofrecido; era preciso aislarse y callar, aunque sus compañeros le tirasen de la lengua y trataran de animarlo con sus aplausos.

Estaba dispuesto á no seguir ejerciendo de *coloso* en la Cátedra.

En todas las cumbres se sentía frío por lo visto.

Llegó á su vivienda y arrojose en brazos de su madre todo lleno de infantil alegría, y entre un beso y otro beso dióle cuenta de su entrevista con el Prelado y de las causas de su contento.

¡De buena había salido!

Á partir de este instante entregose de nuevo á su vida contemplativa y es fama que en ella llegó á gozar más que nunca de aquella paz interior que siempre le acompañara. Sin embargo; á pesar de sus buenos propósitos y de su franca decisión por el aislamiento, llegó un día en que se sintió desasosegado.

Su espíritu se revelaba contra aquella extática quietud impuesta por las circunstancias; se remontaba al pasado y se complacía en el grato recuerdo del triunfo oratorio con cierta delectación egoísta.

La gloria tenía buena cara y le sonreía desde el horizonte.

Él luchaba por acallar en su conciencia estos inusitados movimientos; pero la idea volvía cuando menos la esperaba, y al recordar la memorable noche de su ascensión al púlpito, y la devoción de aquellos fieles que le escucharon estremecidos, y al evocar su propia imagen, perorando desde la altura, ... sentía que otro interno sermón le retozaba en el ánimo y que con este sentimiento venía el deseo de volver á la vida militante; mas no, no hablaría; no saldría de su mutismo en tanto no se le requiriese por quien podía y debía hacerlo! Y no bastaría á sacarlo de esta resolución ni siquiera aquel olímpico desvío con que los canónigos le insultaran al cruzar frente á él sin saludarle ni dirigirle una sola mirada!

No obstante estos propósitos,

el buen Quitolis fué el primero en reconocer el peligro de sus continuas tentaciones, y para combatirlo exajeró su retraimiento hasta un punto inverosímil.

Su amor al plácido y riente mar de su pueblo fué para él una tabla de salvación.

Sin llegar á explicarse cómo ni cuando nacieron en él tales aficiones, fué lo cierto que una callada noche encontrose enclavado sobre uno de los negros peñascos del contramuelle que cierra la bahía, con su cesta de pescador al lado y su caña en la mano. Las olas llegaban hasta él mansamente empujadas por la brisa y arrullábanle con la monótona canción de la rompiente; las fugaces fosforescencias de aquellos dormidos cristales, habláronle de un mundo nuevo y misterioso en el cual se abismaba fácilmente un alma tan soñadora como la suya; el repentino tirón

del pez, que allá abajo mordía en la carnada prendida al anzuelo, decíale que allí también se albergaba la vida, que hasta allí había llegado la poderosa voluntad del Altísimo y... que hasta allí penetraba el engaño y la falacia de los hombres á lo largo de su caña de pescador.

Esta idea le hizo sonreír, pero siguió pescando.

Desde entonces, casi todas las noches, después del rosario, abandonaba su casa, y armado de su bastón íbase á los peñascos del rompeolas á seguir meditando con su arte en la mano y la esperanza por todo consuelo.

Mentira parecía que á un hombre tan amante de la soledad y de la contemplación de las grandes hermosuras naturales, no se le hubiese ocurrido hasta entonces entregarse á un *sport* tan lícito y tan grato como el que ahora le entretenía.

Brillante y encantador era el mar en pleno día, esmaltado de rojos resplandores; pero aun más grandioso y magnífico ofrecíase á su contemplación, cuando la callada noche se tendía sobre él.

Si el eterno estallar de las embravecidas olas se le antojaba hermoso salmo, ante el solemne silencio que sobre la infinita superficie del océano dormía en las noches de calma, y ante aquella densa sombra que todo lo invadía bajo el gigantesco fanal de los cielos tachonados, su alma entera se prosternaba.

¡Qué templo mejor que áquel para creer y adorar; para sentir la grandeza de Dios!

¡Así era como el mar aparecía dotado de toda su augusta magestad!

El mar era la sombra impenetrable por excelencia, aunque el Sol tratara de engañarlo esmaltándole diariamente con una cos-

tra de viva y refulgente luz.

¡Cuán grato bienestar ofrecía
Dios á sus criaturas con estas co-
sas, generalmente menosprecia-
das! ¡Cuán grata era su solitaria
vida!

XII.

LA NOCHE

XII.

LA NOCHE

Pasó el tiempo: no mucho ciertamente.

Los hortelanos que de madrugada iban al mercado y cuantos atareados pinarenses andaban de punta antes de la salida del Sol por las calles cercanas á la Parroquia de las Huertas, casi todas las mañanas tropezaban con una singular y extraña pareja que hacia la Iglesia caminaba con sosegado paso.

Era ella una enlutada viejecita de cuerpo menudo y cara de marfil; era él un sacerdote enjuto de carnes, de blanca faz y de ojos azules, siempre abiertos, que al cielo miraban con fijeza. La vieja llevaba un rosario amarillo entre las manos; el cura apoyaba una de las suyas en el hombro derecho de la anciana y la otra en un negro bastón de muletilla.

La primera, casi ocultaba su rostro bajo el profundo pliegue del manto que le cubría la cabeza; el segundo, llevaba la *teja* aplastada contra el cogote é inclinada de tal modo que semejaba un barco cuya proa se alzara al firmamento siguiendo *la visual* de los ojos del cura.

Cual de aquellos dos seres llevaba al otro, sería difícil determinarle al primer golpe de vista. La viejecita arrastraba lentamente los pies, con los velados ojos fijos en tierra; el sacerdote avanzaba

medroso al lado de ella, con la muerta mirada clavada en la altura.

Algunos transeuntes, al cruzar sus pasos con los de la extraña pareja, quitábanse el sombrero y saludábanla con estas palabras: «buenos días, padre Juan.»

«Buenos días, hijo mío,» contestaba el cura sin apartar sus ojos del cielo. Y seguía.

De la noble anciana parecía que nadie se acordaba, y era que la consideraban como la prolongación del cura. Ella tenía en su cara las ventanas por donde Quitolis recibía las escasas noticias de un mundo que ante él se había apagado: ¡estaba ciego!.....

Cualquiera que hasta aquí haya seguido el hilo de esta menuda historia sin historia, acaso mire en la repentina ceguera del padre Juan un resorte novelesco de novedad un tanto dudosa; nada menos cierto, sin embargo.

Si de algún modo hubiésemos pretendido desfigurar la triste realidad, hubiera sido para conceder al hombre la luz que á sus ojos faltó un día, aunque no fuese más que por matar cierta malfélica especie que entre los irritados canónigos corrió, la cual consistía en suponer que la ceguera había sido providencial castigo, impuesto al gran Quitolis en desagravio de las *frías columnas de la Iglesia*.

Pero, desgraciadamente, fué verdad que su desmedrado cuerpo dió en consumirse poco á poco en la quietud y aislamiento que por consejos del Obispo se impuso; su corazón llegó á alterar con cierta morbosa frecuencia su acompasado ritmo, ora precipitando tormentosamente sus latidos, ora estancándose en lentas y perezosas pulsaciones, y hé aquí que una tarde, á la hora en que el Sol se ponía, púsose para

él... y ¡para siempre!

¿Qué fué aquello? Nadie lo supo con certeza. «Misterios del organismo, que nunca la ciencia explica»—dijo el poeta. «Travesuras de la neurosis»—decían los Galenos de Pinares. La embolia... el desprendimiento de la retina... el edema... ¡Váyase á saber! Para Quitolis, ¡la ceguera! ¡la noche eterna!

Mas no fué para el buen cura la noche horrenda y desesperada que pudo creerse.

Aunque aquella repentina *amaurosis* le privó del único encanto y recreo de sus ojos—la contemplación del paisaje marino bañado de sol ó envuelto en sombras—seguía siendo tan paciente y bondadoso, que aun de esta pena sacaba su bien templado ánimo fuerzas de resignación é inverosímiles consuelos.

A poco de apagársele en los claros ojos aquel postrer rayo de

luz que una tarde viera desde el Mirador, sintió como si en el fondo de su alma tomaran nueva vida y alcanzaran mayor relieve sus interiores ensueños.

La idea de Dios creció y agigantose en medio de la sombra ante su espíritu, más reflexivo y extático que nunca.

El mundo, no era ya aquel mundo ruin que antes viera circunscrito por la vaga línea del horizonte: el mundo todo habíase tornado negro caos sin límites y sin fronteras.

Aquella tenebrosa y abrumadora Nada en que ahora se encontraba sumido, era la más justa y total expresión de lo inconmensurable y de lo eterno. En ella seguían volteando los orbes encendidos; en ella flotaría la luz, pulverizada, sutil é impalpable, como un debil resplandor; en ella se movían y rodaban los Cielos como menudas gotas de rocío

que resbalaran sobre la augusta espalda del Cosmos Infinito...

Mientras el Altísimo no le privara de estas interiores luces de su espíritu, él sería feliz.

La sombra era para estas lentas elaboraciones ideales como un total silencio en el cual sus íntimas energías se concentraban y adquirirían el pleno dominio de sí mismas.

Y de tal modo era esto así que, en sus cavilaciones enfermizas, llegó á considerar la ceguera como una emancipación; se había emancipado de la tiranía de la imagen que hace bajar la vista al suelo. Por eso *miraba ahora* siempre á la altura.

¡Allí, allí estaba el verdadero imán de sus ojos muertos!

Tal pensaba Quitolis al principio de su mal; mas fuerza es confesar que no pudo mantenerse por mucho tiempo en esta serenidad del ánimo. La realidad

con toda su enorme pesadumbre acabó por imponerse á su voluntad y por aplastarlo.

¡Cuán dolorosa y triste iba siendo su vida de día en día!

No fué la negra ceguera, la total ausencia de aquella luz solar que con tal ansia buscaran sus hambrientos ojos, lo que llegó á abismarlo en el más profundo tedio, no; fueron muy otras las causas que le consumían el aliento y minaban aquella su espiritual grandeza.

Por tremenda imposición del destino, Quitolis, ciego, dejó de ser para todos el gran Quitolis envidiado por bueno y por prudente, admirado y querido como la más bella encarnación de una risueña esperanza de la Iglesia. El Magistral le visitaba poco; los curitas no le buscaban como antes; muchos que en la calle le veían acompañado de su madre, pasaban ya por su lado sin salu-

darle siquiera. Los unos... era que no le hacían caso; los otros... que temían recordarle con el saludo su ceguera. Mas por unas ú otras causas, en derredor suyo crecía el silencio; á su paso se ahuyentaba el rumor de la vida, y ya iba el pobre adquiriendo la idea de que su sombra muda se deslizaba á lo largo de la fría pared de un cementerio.

Hasta la inquieta bandada de los latinistas—aquella riente juventud que convirtiera su casa un tiempo en poblada fronda con el vivo y fresco charlar de los menudos infantes—también acabó por levantar el vuelo un día, espantada ante la medrosa ruina de su cuerpo, ante aquella inmóvil cabeza de esfinge, ante aquellos ojos opacos, glaucos y muertos.

Ya no le quedaba ni el consuelo de elevar su espíritu á la altura con la blanca hostia presa en-

tre los dedos. Todo volvíase en derredor suyo limitación, opresora angustia y mortal vacío. Por esto iba todas las mañanas á la Iglesia de las Huertas y—en tanto venían ó no venían las correspondientes licencias para celebrar—ocultábase, como un molusco en su concha, en el apartado confesonario de la capilla de la Virgen, preferido de las devotas de aquel Templo.

Allí se desquitaría el buen Quitolis de todas sus negras murrías; de allí sacaría él todas las doradas ilusiones que su conturbado espíritu necesitaba para alentar y vivir.

«¡Era tan bueno perdonar y había tan poco que perdonar en el mundo!»

Así pensó, y se dejó caer en aquella sombra como una piedra que va al abismo.

XIII.

LO QUE VIÓ UN CIEGO

XIII.

LO QUE VIÓ UN CIEGO

Contemplando el espectáculo que ante el confesonario del padre Juan se daba diariamente, diríase que el ángel del Apocalipsis se había adelantado sobre el apiñado caserío de la Parroquia de las Huertas, con su resonante clarín en la hinchada faz, despertando en todos los seres la dormida fé y en todos los corazones una súbita y anhelante contrición.

Tal era la mancha de beatas que se aplastaba, como la langosta, sobre el pavimento de la capilla de la Virgen; tal era la balumba de pecadoras y elegantes damas que allí aguardaban los consuelos de la absolución.

Mas no se crea por esto que entre aquellos feligreses hubiera revivido el sano temor de Dios como por ensalmo, ni menos que hubiesen aumentado con el tiempo los motivos de penitencia.

Era sencillamente—al decir del Sacristán de aquel templo, que en achaques de beatería ostentaba cierta autoridad—que los muertos ojos del padre atraían como los de una esfinge, á todas las alegres mozas, de antiguo contaminadas y contritas. Era que todas aquellas vaporosas faldas, impenitentes aliadas del pecado, se apresuraban á arrojarlo como en un negro abismo, en aquellas misteriosas lobregueces del confe-

sonario del gran Quitolis, porque volcar allí dentro el alma era como echar un jarro de agua sucia por una ventana que diera al campo, en medio del silencio y de las sombras de la noche.

Así se cumplía con la fórmula y acaso detrás de esto estaba la salvación eterna.

No se ha podido averiguar si el humilde y malicioso auxiliar de aquellos altares hablaba así por propia cuenta ó por directa inspiración del Espíritu Santo, que también andaba en el secreto de estos arrebatos místicos; mas lo que sí se puede asegurar—pues ello estuvo bien claro—es que con este mortificante cencerreo de las atribuladas beatas y con todas aquellas enormidades y cosas que por el buzón del confesor iban cayendo poco á poco, el presbítero enflaquecía y enflaquecía y su piel lacia y amarillenta pendía más y más de los des-

carnados huesos de su rostro.

Buscando aquellos lejanos consuelos de otros tiempos y aquel silvestre olorrico de rosas tempranas, cayó el buen padre en su confesonario de nuevo y ¡cuán grande, tremendo y abrumador llegó á ser su desencanto!

Ya no había niños en la Iglesia: ya no eran los inocentes angelitos de otros días los que hacia él vinieran con la sarta de los menudos pecados al hombro; ya no eran las puras y castas doncellas de antaño las que le recreaban el alma con aquel dulce susurro de la confesión, que cayera en su oído con el rumor de la sosegada y refrescante lluvia. Todas las furias del averno se habían desatado ante sus muertos ojos la vestidura, revelando con cinico impudor la desnudez de sus carnes lujuriosas, y todas las inmundas bestias del pecado desfilaban por allí su asquerosa mueca saltando

y gesticulando como siniestras imágenes de una infernal y horrenda pesadilla. ¡Qué mortal desilusión!

¡De modo, que aquel mundo rosado y blanco que él defendiera siempre en su optimismo y adorara con singular afecto, habíase tornado de repente negra sombra, como si sobre él hubiese caído también una tarde, la noche eterna y sin consuelo que apagara la luz en sus extáticos ojos!

¡De modo, que aquella dichosa y buena Humanidad de sus antiguas absoluciones y de sus leves penitencias, habíase corrompido al influjo del tiempo, como se enmohecen y corrompen los metales mejor templados bajo la acción del aire y de la lluvia!

«Mas no: no era esto ciertamente;—gemía el derrotado visionario en su aflicción—era que por intempestiva burla de su destino, la fiel imagen del vi-

vir y de las cosas, se le ofrecía ahora en toda su ingrata realidad, ¡cuando ni un solo rayo de luz se le enroscaba en la pupila! Era que al fin llegaba á *ver claro* precisamente por que no veía. ¡Cuánta amargura! ¡Cuán negro desengaño!»

La bestia humana, aquella de la cual tuvo él siempre vaga noticia por la social murmuración y por el quejumbroso pesimismo de los predicadores de Pinares, era verdad que existía y andaba suelta por el mundo. Ahora se lo explicaba todo.

Los que él creyera lejanos males, propios de gente de allende, desamparada de la divina gracia, habíanse detenido, avergonzados sin duda, ante su faz juvenil y risueña; pero ahora estaban allí, á sus pies, juntos todos frente á la noche de sus ojos, cual si se hubiesen dado cita para crucificarle en la sombra todas y cada una de

sus doradas ilusiones!

¡Qué gran sorpresa le había reservado el Altísimo para los días de su vejez! ¡Qué amargo cáliz le daban á beber todas las mañanas en la capilla de la Virgen!

Y la turba de las perfumadas penitentes caía sin piedad sobre aquella cándida pureza del confesor con la cruda revelación de todo un interior desastre. Y aun aquellos impedidos enfermos que andaban á vueltas con un gran pecado, le llamaban á la cabecera de su lecho. Y con unas y otras cosas, sobre la extática grandeza de su espíritu bondadoso, venía la ola de cieno del mundo, hinchada y embravecida, arrasando á su paso toda esperanza; abatiendo en su fiero empuje las mermaidas energías de su ánimo y las escasas fuerzas de su cuerpo.

—¡Cuánta angustia, madre mía—decía á su pobre vieja todas las mañanas al salir del con-

fesonario con el alma encogida y la garganta preñada de sollozos.

—No me dejes, no te retires de mí, sostén y descanso mío.—Y estrechaba contra el pecho á la noble y silenciosa anciana cual si quisiera asociársela para la lucha.....

«¡Qué bueno había sido el día! ¡Qué bueno había sido el Sol!» Antes... no veía él estas tribulaciones. Ahora... parecía que todos se habían empeñado en matarle.

El pudor no era ya un freno para los pecadores, porque se podían acercar á su cara muerta con un horrendo pecado en los labios y la faz impasible... Algunas veces, creía escuchar una voz conocida que disimulaba su acento al confesar, engendrando así un nuevo pecado á medida que limpiaba la conciencia de otros más graves.

Otras... creía reconocer la acongojada voz de alguna virtud, cai-

da ya y venida á menos. Aquella que llegó un día tan perfumada y *estrepitosa*... había sido Consuelo; la hija de D. Ventura, su amigo; la Gran Carrizales—que decían en Pinares.—También era una virtud derrumbada. ¡Todas, todas eran cuerpos manchados; fríos sepulcros que en su seno encerraban el cadáver de un alma!

Y así pensando, llegaba hasta su casa y hundíase en su soledad y en su aislamiento, como un convaleciente; y durante las interminables horas de todo un día, con su negra noche poblada de extraños ruidos y misterios, seguía el eterno cavilar retorciéndole el ánimo y mordiendo en las fibras de su carne enflaquecida.

Momentos tenía, sin embargo, en que todo su espíritu y energía corporal reverdecían súbitamente para el bien en un buen deseo. Entonces, excitado su celo por las ajenas tribulaciones, y por

la noble ansia de redención y de limpieza que ahora encendía á las almas, se animaba un tanto y hasta creía que su ceguera había sido un gran bien para los feligreses de su parroquia, que al fin y al cabo se acogían arrepentidos á la negra sombra de sus ojos, como tostados y desfallecidos caminantes del mundo, que de repente hubieran tropezado con las frondas de un oasis. «Allí estaría él, pues, siempre y á toda hora para rezar por ellos y perdonar los más negros pecados. En el quicio de aquel portillo de la eternidad apoyado, aguardaría él á las descarriadas ovejas para enderezarlas en su camino y limpiarles el blanco vellón de zarzas y yerbajos inmundos.»

Y reanimado con tales optimismos—porque el caracter no se negaba en él nunca y porque aun alentaba en su cansado corazón la más viva fé—encendíase de

verdadero ardor, sin echar de ver que la muerte se acercaba á su butaca y ya le tocaba con su descarnada mano los ateridos miembros.

XIV.

ESTO SE VÁ

XIV.

ESTO SE VÁ

Los labradores de las Huertas y cuantos al alba hormigueaban por las calles cercanas al mercado, notaron que ya no tropezaban en su camino con la extraña pareja de otros días; con el bondadoso padre y su decrepito y menudo lazarillo.

Tampoco veían ya á aquellas horas, en las puertas de la Iglesia, el continuo pulular de las devotas de la Virgen. Al faltar

el padre Juan, la negra bandada hubo de alzar el vuelo buscando otros horizontes.

«¿Qué habrá sido de él?—se preguntaban los madrugadores trajinantes, con esa cariñosa curiosidad que engendra la ausencia de los buenos.

»El padre Juan estaba enfermo; muy enfermo.

»Ya en los últimos días de su visita á la Virgen, andaba el pobrecico con gran trabajo y tenía que descansar alguna vez en su camino porque se ahogaba.

«Una mañana llegó—susurraba el barrio—en que, al incorporarse en el lecho, su anémico tronco se desplomó desfallecido.

Desde entonces, no volvió á abandonar la cama en su vida, ni á intentarlo siquiera.

»Aquel barco ya varó—decían hablando del caso los jabegueros que hacia la Plaza iban.»

Era verdad: aquel barco había

varado ya, y no volvería á tajar con su quilla las procelosas ondas del mundo.

La Virgen del Carmen, tampoco sonreía de gusto como lo hiciera todas las mañanas al verlo entrar despacico y tan callado por su capilla adelanté. Y al decir de las gruñonas beatas del templo, la Virgencica aquella estaba más triste, y en su cara divina se había dibujado un frunce, en el que no se sabía si la alegría de otro tiempo seguía brillando ó si asomaba la pena.

Tal densidad fué adquiriendo poco á poco ese rumor entre aquellas beatas, que revoloteaban ante las imágenes como las moscas sobre la carne muerta, que el padre Juan fué considerado como un elegido del Señor, como un santo milagrero, al cual habrían de colocar algún día en los altares.

Tal pensaron, y desde la capi-

lla de la Virgen saltaron á la casa del cura para preguntar diariamente por su salud. Y, con estos susurros piadosos, encendióse en ellas de tal modo la fé, que al fin cayeron tijera en mano sobre la sotana de Quitolis, colgada de un clavo en la alcoba, y cortaron y recortaron de sus faldones mil retazos, con los cuales se fabricaban milagrosos escapularios que servían para no sé cuantas cosas.

Alguna de aquellas hubo, tan imprudente y mojigata, que quiso postrarse un día á los pies de la cama del enfermo para alcanzar el inefable honor de asestarle sobre el corazón el disparo de sus nuevas faltas; pero avisado el Magistral de tales arrebatos místicos, lo prohibió con malhumorado y severo tono.

La menuda figurilla de ébano con cara de marfil, que en los muertos ojos de su hijo se miraba,

agradeció al capitular su decisión y besole la mano, enternecida.

«¡Bueno estaba ya; hora era de que se lo dejaran para ella sola. Aquel odiado enjambre de beatas era lo que había caído sobre el candoroso espíritu de *su Quitolis* emponzoñándole la sangre con sus horrendos picotazos. ¡Que lo dejaran ya... que lo dejaran morir tranquilo! ¡Era su hijo; era su misma carne!»

«¡Qué le importaba á ella la santidad, si Dios iba á arrebatárselo, despiadado y cruel, el mejor día! Que se fueran todos... y los dejaran á ellos allí, solos con su pena. Ella cerraría una noche la puerta de su casa y se moriría también, abrazada á aquel pedazo de sus entrañas que era muy suyo... ¡más que de nadie!»

¡La muerte misma por Dios ordenada, antojábasele á pesar de su fé, un inhumano atropello de

su hogar desamparado!

Y la simpática vieja, con el aguamanil lleno de blanca leche ó con alguna otra medicina entre sus manos, iba y venía por entre la odiosa banda de las beatas, refunfuñando siempre como un javalí acosado en la maleza...

Quitolis entonces, no era ya Quitolis: era un despojo, un desecho de la vida; un esqueleto de niño con la cabeza de un viejo. Pero ¡qué cabeza la suya!

El Ángel de Salzillo había alzado el vuelo sin dejar en aquella vaga sombra ni un rasgo de lo que fuera.

Los escasos cabellos de su testa blanqueaban como bruñida plata sobre sus descarnadas sienes.

Su barba, muy descuidada durante la larga postración, había retoñado y crecido y era una sucia pelambre que despojaba al rostro de su seráfico y nativo encanto.

Parecía que en aquellos posteriores momentos de la vida, el hombre, en toda su selvática rudeza, se asomaba á aquella amarillenta faz para despedirse del mundo, adornado con sus más propios y naturales atavíos.

Sin embargo: en aquellos muertos ojos, siempre abiertos, que al cielo elevaban las opacas pupilas, había no sé qué extraña expresión; no sé qué celeste brillo; algo así como vivos reflejos de otro sol que se asomara por encima de una lejana y soñada frontera; algo así como la vaga imagen de otra vida, ya cercana y más pura que la presente, entrevista por un alma ansiosa que atisbara sobre el horizonte de lo ideal.

Una tarde de Julio, precisamente á la hora en que el Magistral predicaba en la novena de la Virgen, ante las desilusionadas hijas del Carmen, Quitolis en su lecho volviöse de cara á la pared

y... se durmió.

La simpática y limpia viejecita, que por allá adentro andaba cocineando, atravesó la casa toda con el repleto aguamanil en la temblona mano; llegó al lecho, vió á su hijo, le sacudió para despertarle, sobrecogida de instintivo y repentino espanto.... y ¡nada! Un hondo estremecimiento le invadió de súbito su ser entero y cayó sobre él, palpando sus frías manos y besando su helada frente. Quitolis no estaba ya allí; se había ido: ¿A donde? ¡Quién sabía!

La pobre vieja entonces, presa de una horrenda crispatura de todos sus nervios y de todos sus músculos, se abatió sobre la fría cama y estrujó entre los sarmientosos brazos al hijo exánime.

Ni un grito... ni una palabra... ni un sollozo siquiera: solo un desesperado y ronco gruñido de almaña expirante, fué en ella la úl-

tima señal de la vida... y murió con el adorado Quitolis contra su pecho..... Los curiosos vecinos del barrio fueron los primeros en sorprender aquel triste espectáculo, y la noticia cundió por la feligresía y por la ciudad con la celeridad de todas las que son malas.

El Cabildo se enterneció un tantico: el Obispo y el Magistral abrazáronse convulsos y llorosos: la Hermandad de la Virgen, celebró en sufragio del muerto pomposos funerales...

Las profecías de las beáticas, no deben de haberse cumplido todavía; pues yo, que anduve siempre interesado en esta historia, he buscado mil veces en el santoral á «San Quitolis, confesor y mártir» y no le encontré jamás.

Solo llegué á ver un día, allá en un verdoso rincón del cementerio de Pinares, y en un nicho que en la *série* 3.^a de los adultos se en-

.....

cuenta, una lujosa lápida de fino mármol de Italia; piedra negra, como una noche sin estrellas, en la cual, merced al artístico relieve, pueden leerse estas palabras en dos paralelos renglones esculpidas:

QUITOLIS

PULVIS EST



ÍNDICE

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADA

QUITOLIS. 3 pts.

EN PREPARACIÓN

Tomas I.

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADA

QUITOLIS. 3 pts.

EN PREPARACIÓN

Tomas I.

